



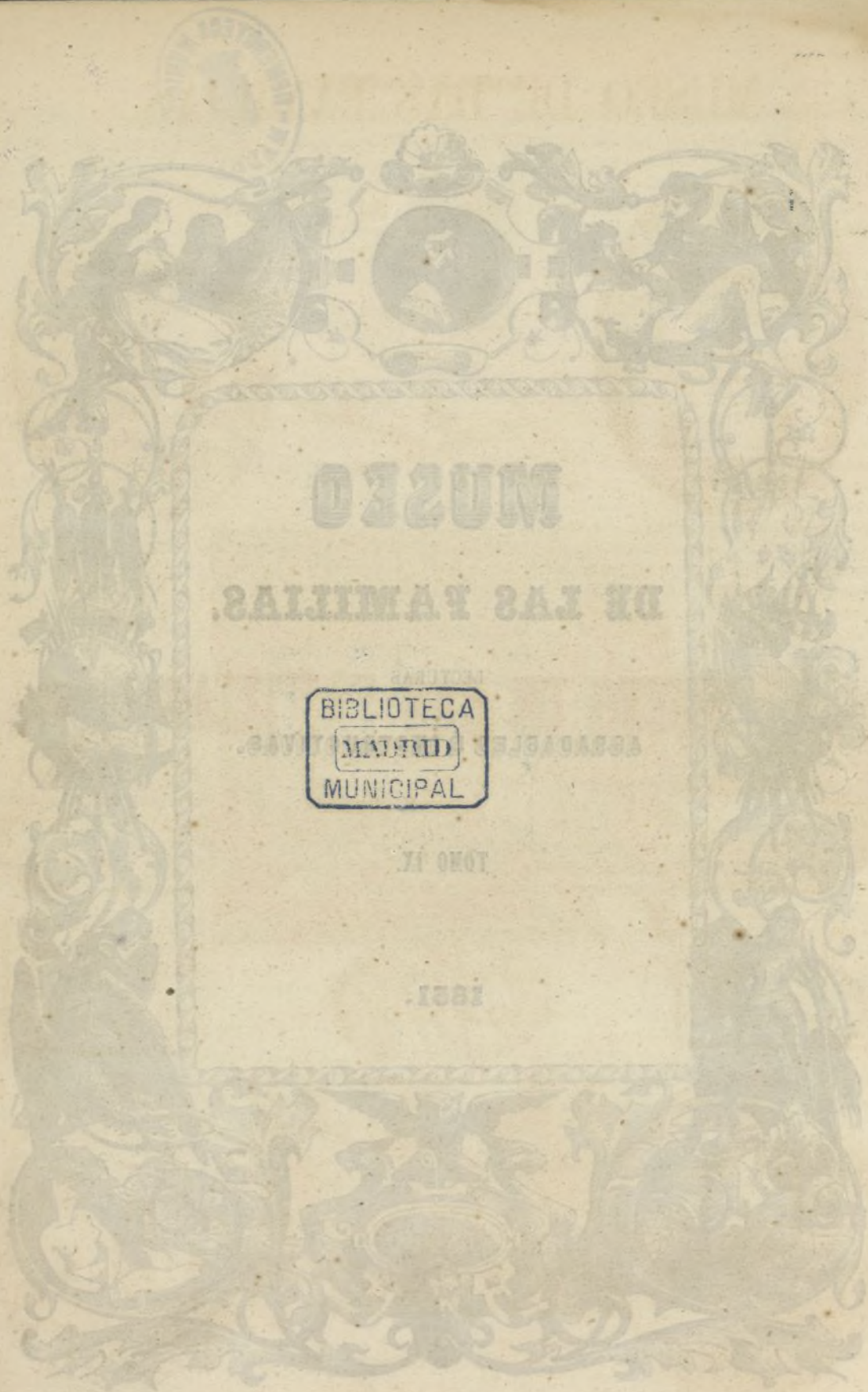
MUSEO
DE LAS FAMILIAS.

LECTURAS

AGRADABLES É INSTRUCTIVAS.

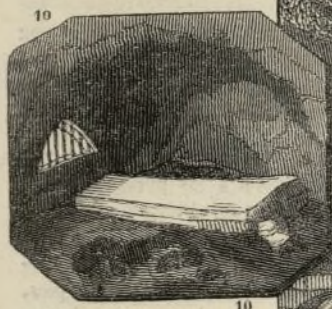
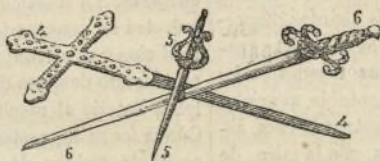
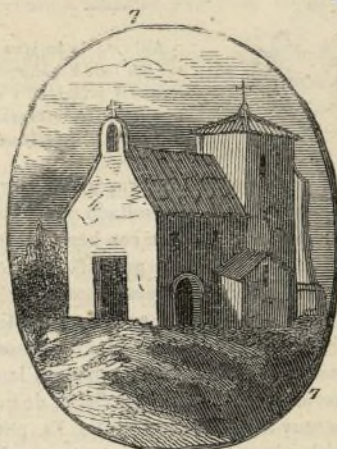
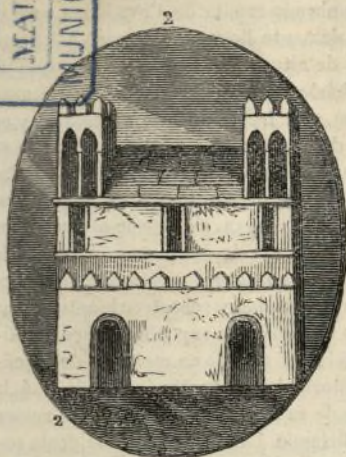
TOMO IX.

1851.



BIBLIOTECA
MADRID
MUNICIPAL

1881



12 AQUÍ YAZE EL S.^{REY} D.
PELAYO ELLECTO EL AÑO
DE 710 QUE EN ESTAMILA
GROSACUEVA COMENZO LA
RESTAURACION DE ESPAÑA
BENDIDOS LOS MOROS FALLE-
CIO AÑO DE 732.



13 YNEANS PELACIUS
E'GOTORUN SANGUINERE-
CUM HISPANIA LIBERTATIS
RELIGIONIS RESTAURATOR
SENATUS POPULUS QUE CECIO-
NENSIS REGALI CIVILI DONNUN
DEDERE A.D. MDLXXXVII.



RECUERDOS VIVOS DEL
REY PELAYO.

MAZIETA

ORTEGA

RECUERDOS VIVOS DEL REY PELAYO.

Allí está la insigne cueva digna de ser por toda España reverenciada como celestial principio, y milagroso fundamento de su restauración.

(Ambrosio de Morales.)

Nos proponemos hoy ocupar á nuestros lectores por algunos momentos en el resultado de una tarea que nos atrevemos á esperar mirarán con benevolencia, por el objeto que al emprenderla nos guió. No ha corrido aun mucho tiempo desde que les presentamos reunidas cuantas dispersas noticias nos fué dado encontrar relativas al invicto restaurador de España (a), mas habiéndonoslas transmitido los cronistas de los antiguos tiempos, con lamentable avaricia, no logramos formar del mas célebre de nuestros héroes, sino una muy descarnada biografía. Es, pues, con la mira de revestirla algun tanto, de contentar de algun modo las justas exigencias de los entusiastas por las grandezas españolas, que vamos á dedicar algunas lineas para trazar la reseña de los lugares y monumentos en que aun se lee hoy el inmortal nombre de Pelayo, por haber servido de teatro á sus hazañas, por ser consagrados con su presencia, ó erigidos en honor suyo. Aquellas preciosas páginas escritas por la mano de Dios, ó de nuestros esforzados abuelos, contienen la historia de Pelayo que es tambien la de nuestra noble patria, en una de sus mas señaladas y gloriosas épocas. Diseminados estos venerandos recuerdos en ásperos y escondidos sitios, es tambien un deber de los que de españoles blasonamos, popularizarlos por medio de la prensa y del grabado, antes que el olvido y la indiferencia de esta época de frio positivismo, los esconda en el polvo para siempre.

El primer cuadro que debe figurar en esta histórica colección es el magestuoso y sublime de Covadonga, en que están hacinadas tantas bellezas y memorias. He aquí su descripción (1). A la distancia de dos leguas escasas de la antigua villa de Cangas de Onís, se alzan tres gigantescos montes que dejan entre sí una estrecha vega ó cuenca. El mas alto de estos que está entre los otros dos, y que es llamado hoy *Montaña de la Virgen*, es el tantas veces mencionado en los fastos españoles con el nombre de *monte Auseva*. Cálculase su prodigiosa elevación en 4.000 pies, y le sirve de cimiento un enorme peñasco de 180 de altura, horadado por el río *Deva* (b) que cae impetuosamente en el valle formando la mas poética cascada. En el centro de esta roca gigante, se vé la celebrada caverna que sirvió de refugio á Pelayo y sus bravos compañeros, designada por los cronistas del siglo IX, con los nombres de *Cueva fonga* y *Cueva de Santa Maria* y cuya extensión es próximamente de 30 pies de fondo y 40 de boca. Otro tanto hay de altura desde el suelo á la techumbre, pero esta distancia vá disminuyendo por la inclinación de la bóveda natural, hasta quedar reducida solo á 40 pies. El mismo peñasco forma una parte del pavimento, y la otra la constituyen tablones enclavados en vigas, que solo por un extremo encajan en la roca, sustentando por el otro un gran balcon ó galería de madera

(a) Véase el Museo del mes de noviembre de 1848.

(b) Llamábase antiguamente *Dica*. Tiene su nacimiento en la altísima cordillera denominada *Picos de Europa*, y despues de regar algunos campos, en el ameno prado de Orandi penetra en una cueva, atraviesa oculto la *montaña de la Virgen*, cruza el inmediato campo de *Reinaza*, y cerca de Soto se reúne el río *Gueña*.

que corre por todo el frente de la cueva. Al acabar este balcon se alza la renombrada ermita de Covadonga que es muy pequeña, pues solamente llega su extensión á 3 varas cuadradas, y otras 3 de altura. En su único altar está la imagen de la Virgen bárbaramente escultada pero de gran devoción en el país (a), y al frente de este santuario, y en una gruta de 12 pies de largo, y 4 y medio de alto se vé el tosco túmulo que encierra los despojos mortales de Pelayo (10). Consiste aquel en una gran tumba de piedra mas angosta de los pies que á la cabeza, sin adorno ni inscripción alguna, y compuesta solamente de dos piezas, el arca y la cubierta. La rusticidad y pobreza de este sepulcro, demuestra su veneranda ancianidad y robustece la antiquísima tradición que atribuye su fábrica al rey Alfonso I el Católico, cuando despues de haber erigido en memoria de la célebre batalla el monasterio de Santa Maria, trasladó á la Cueva fonga los restos de su suegro don Pelayo que yacian en Santa Eulalia de Belamio. La entrada de esta gruta sepulcral está señalada con una ojiva que desde algunos años á esta parte se ve tabicada y resguardada con una fuerte reja de hierro, dejando no obstante el tabique en claro una pequeña tronera ó ventana por la que se divisa el memorable lucillo. Encima de la referida ojiva está fija en la roca una lápida en la que se lee esta humilde inscripción: (12)

AQUI YACE EL SEÑOR REY DON PELAYO, ELECTO EL AÑO DE 746, QUE EN ESTA MILAGROSA CUEVA DIÓ PRINCIPIO A LA RESTAURACION DE ESPAÑA VENCIDOS LOS MOROS. FALLECIÓ AÑO DE 737, Y LE ACOMPAÑAN SU MUGER Y HERMANA.

Un farol luce de continuo al lado de esta covacha que contiene la tumba de Pelayo, y anuncia á los peregrinos que arriban á Covadonga durante la noche, el término de su devoto viage.

La histórica cueva de la Virgen aumentada con un edificio de madera, suspendido en el aire á la altura de 90 pies, y sostenido por vigas como el corredor de que antes hemos hablado, servia de templo á la colegiata, y llevaba el nombre de *Milagro de Covadonga*.

Mas habiendo quedado esta poética y osada construcción convertida en cenizas el 18 de octubre de 1777, á causa de que un rayo incendió la antigua maleza que la rodeaba, se trasladó la iglesia á la capilla de San Fernando del contiguo edificio, que fué un dia el monasterio de Santa Maria. Segun consta de la escritura de fundación (b) estaba habitado en

(a) En una de las paredes de la ermita está empotrado el sepulcro del célebre Alfonso I el Católico. El revoque que lo envuelve solo deja libre el trasero en que se vé este epitafio.

Aquí yace el católico y santo rey, don Alfonso el primero, y su muger doña Ermenesenda hermana de don Favila á quien sucedió. Ganó este rey muchas victorias á los moros. Falleció en Cangas. Año de 757.

(b) Este curioso instrumento, cuya autenticidad es dudosa para algunos eruditos, puede leerse en Risco. Continuación de la España Sagrada, tom. XXXVII. Su contenido es en suma, que el rey Alfonso, y su esposa Hermesinde, erigieran la iglesia de Santa Maria para cumplir la voluntad de don Pelayo que en aquella cueva habia venido, con la ayuda de Dios, 50.000 moros el 1.º de agosto de 748 y que se entregue aquel santo lugar al abad Adolfo y otros 12 monjes, para que viviesen segun la regla de San Benito, etc. Pará dar una idea del latin corrupto y degenerado, que sirvió de base á la lengua castellana, con que está redactado aquel documento, trasladaremos aquí algunos renglones que espresan la donación con que Alfonso dotaba el nuevo monasterio.... «duas campanas de ferro, et duas cruces unam auri purissime, et aliam argenti coeti, et tres calices argenti, tres casullas de sirgo, et tres pallias, et quinque capas, et tres candlabros, quator fumiferos et tres patenas, et duodecim paliaris plumaticos, vigente equos, et totidem equas, quator asinos, centum arietes, quadriginta bobes, trijinta porcos» etc., etc.

los primeros tiempos por monges de San Benito, pero después, lo fué por canónigos regulares de San Agustín. Ignórase la época en que estos sustituyeron á los primeros, pero una bula de Urbano VII nos hace ver que se verificó mucho antes del siglo XVII. El rey don Felipe IV, á pesar de su conocida veleidad, restauró de algun modo este histórico santuario, pues dispuso la construcción de casas para habitación de los canónigos, y aumentó la escasa dotación que estos disfrutaban, renunciando en su favor una prebenda que en la colegiata de Covadonga poseían los reyes de España. El abad, que tiene asignación y categoría de *mitrado*, es también dignidad de la catedral de Oviedo, y reside en un palacio situado media legua de Covadonga.

El edificio de la colegiata que hoy existe, renovado desde su fundación repetidas veces, es humilde; pero ostenta aun restos de su primera arquitectura magestuosa y severa. En su claustro bajo se conservan dos bellísimos sepulcros bizantinos que sirvieron para abades, y que datan al parecer del siglo XII. En uno de ellos, se ve incrustada una pequeña losa que muestra antigüedad muy remota, y que es sin duda fragmento de algun bajo relieve que decoraba el primitivo monasterio (14). Aunque medio borrada por la mano del tiempo, puede distinguirse en ella la figura del rey Pelayo á caballo. El traje del restaurador, es notable por su sencillez, y muy conforme á las costumbres de la época; parece consistir en un túnico corto y de poco vuelo, calzas muy ceñidas, y un tosco almete de hierro sin adorno alguno por bajo el que sobresale la crecida cabellera. También lleva la barba larga.

Hasta el deplorable incendio de la iglesia de la Cueva estaban suspendidos cerca del sepulcro de Pelayo su espada y estoque, mas habiendo sido la primera llevada á Madrid por el abad de Covadonga, cuando corrió á participar á Carlos III el inesperado desastre, fué depositada en la Armeria real, y allí se conserva con el respeto que tan insigne trofeo merece (6). La hoja que es ancha y puntiaguda, tendrá de longitud como dos tercias de vara y la empuñadura, que es de hierro y formada por una espiral, está defendida por dos gavlanes cruzados que se asemejan á una X. Esta arma es notabilísima, no solo por los gloriosos recuerdos que á ella están unidos, sino como objeto de estudio para los anticuarios.

El estoque de Pelayo que permanece aun en la sacristía de Covadonga, es de forma muy estraña (5). Tiene de largo una tercia, y su hoja, que es de cuatro filos, termina en un puño de hierro rodeado de cuatro gavilanes que suben casi hasta tocar el pomo en figura de lira, y dan al estoque la apariencia de una antigua espada escocesa.

Al pie del monte de la Virgen hay una reducida planicie desde la que, segun la tradicion, hablaba el obispo Opat á los cristianos que ocupaban la Santa Cueva y en la que, y el estrecho campo contiguo, denominado de *Reinazo*, se dió principio á la sangrienta batalla que acabó en la vega de Cangas, y que sirvió de glorioso cimiento al trono español.

El campo de *Repelayo* que está situado á pocos pasos de Covadonga, y que, como hemos dicho en la biografía de Pelayo, es célebre por ser el lugar donde fué proclamado rey, nada ofrece de notable en su aspecto material (16). Es muy angosto, limitado por todas partes por altos cerros y regado por el *Deva* en toda su estension. El camino real que

conduce de Cangas á Covadonga, corre tambien por el campo de Repelayo, y cruza el rio por medio de un pequeño puente de piedra.

La ermita de Santa Cruz de Cangas, es uno de los mas respetables monumentos que perpetúan la veneranda memoria de Pelayo (7), pues la edificó su hijo Favila (a) en el mismo lugar en que acabó la batalla de Covadonga, al que dan algunos escritores el nombre de *Campo de Contraquil*. Los mas antiguos que de esta iglesia hacen mencion, aseguran era de maravillosa hechura, aunque de estremada pequenez y que tenia otra capilla subterránea segun el estilo de aquel tiempo (b). La actual ermita, como producto de repetidas reparaciones hechas en épocas muy posteriores á su fundación, nada presenta digno del exámen del erudito mas que la inscripción votiva, tan renombrada en las historias, por ser la escritura mas antigua que en España se conserva desde la irrupción de los sarracenos, y cuyo sentido es, «que Favila y Froilina, su esposa, ofrecen á Cristo aquella iglesia con titulo de *Santa Cruz*, por ser el estandarte de sus triunfos (c).» En el altar colocó Favila la cruz de madera de roble que sirviera de enseña al rey su padre en los combates y allí permaneció este sagrado trofeo, hasta los años de 908, que el invicto Alfonso III, llamado el Magno, habiéndole hecho cubrir de oro y piedras preciosas (4), lo depositó en la catedral de Oviedo donde subsiste. Algunos escritores devotos aseguran candorosamente que esta célebre cruz, conocida desde muy antiguo con el nombre de la *Cruz de la Victoria*, cayó del cielo á los pies de don Pelayo, y otros de los mas graves, como el arzobispo don Rodrigo, que aquel la hizo fabricar á semejanza de una de color rojo que en el cielo apareció en lo mas recio de la batalla, como señal divina del triunfo de los cristianos. Finalmente, el padre Carvallo, que mas que ningun otro se dedicó á inquirir el origen de las antigüedades de Asturias, nos dice que esta cruz fué un presente que al heroico principe hizo un santo ermitaño que moraba en Covadonga, pocos momentos antes de comenzar la batalla. La *Cruz de la Victoria* ó *de Pelayo*, como tambien se llama, fué siempre en Asturias objeto de la mas profunda veneración y así desde tiempo inmemorial la adoptó esta noble provincia como divisa heráldica (3), pintándola en sus armas en campo azul, y con el *alpha* y *omega*, significación del nombre de Dios.

La antiquísima iglesia de Santa Eulalia de *Abania*, llamada en las crónicas de *Belapsio*, sita una legua de Covadonga, y en el mas pintoresco paisage, debe segun algunos, su origen al rey Pelayo, aunque mas probablemente, solo fué por estereparada y aumentada. Sus anchos pilares pintados de color pardo por la mano del tiempo, y la arquitectura bizantina que á despecho de los siglos conserva en su exterior, prestan á este histórico edificio el mas venerable y devoto aspecto. Una estraña cornisa formada de una serie de cabezas de dragones, y otras figuras caprichosísimas, circuye toda la parte superior de la iglesia, y á esta la sostienen fuertes estribos, que lejos de afearle le sirven de adorno. Fi-

(a) Otros cronistas atribuyen á Pelayo la fundación de este templo, y quieren que Favila solamente le hubiese restaurado.

(b) Aun se ve hoy esta segunda iglesia, aunque cegada con escombros. En ella estaban en otro tiempo los sepulcros de Favila y de su esposa Froilina. Los restos del primero fueron trasladados segun Mariana, á la iglesia de San Miguel de la villa de Yanguas, donde permanecían en su tiempo.

(c) En el artículo titulado *Historia de la lengua castellana*, inserto en el tomo V del Museo de las Familias, puede verse íntegra esta famosa inscripción

nalmente, la portada es también muy notable, y en ella se ve asimismo un relieve de forma semicircular que representa el infierno. A pocos pasos de este templo y en un sitio llamado el *Cucto*, solía con frecuencia habitar don Pelayo, que poseía allí una modesta casa de campo cuyos escombros se veneran en nuestros días. Allí se encontraba en 737 cuando le sorprendió la última enfermedad (a) y ya porque lo hubiese dispuesto de antemano ó por la proximidad, fué depositado su cadáver en un humilde sepulcro de la iglesia de Santa Eulalia que había acogido también bajo sus bóvedas poco tiempo antes, los restos de Gaudiosa, su esposa. Además de la historia y la tradición viva del país, que van de acuerdo en fijar en Abamia la primera sepultura de Pelayo, confirma cuanto acabamos de expresar una escritura que obra en la casa de Noriega, del inmediato lugar de Coras, cuya familia conserva la posesión del solar de la casa del Cucto, y del sepulcro vacío de Abamia (14). Véase este al lado del evangelio en un nicho formado por un arco semicircular, y sobre su cubierta están grabados groseramente la espada de Pelayo, la Cruz de la Victoria y el epitafio siguiente:

HIC REQUIESCIT REX PELAGH.

El sepulcro de la reina es en un todo igual al de su esposo y ocupa un lugar al lado de la epístola. Estas tumbas, que son de piedra tosca, y que en otro tiempo estaban fuera de la iglesia, han sido restauradas con esmero en los últimos años del siglo pasado, y en la misma época se ejecutó en madera un gran bajo relieve de escaso mérito que representa la batalla de Covadonga y que fué colocado en lo alto del altar mayor.

Otra memoria notable del rey Pelayo subsiste en el sitio llamado *la Corredoria*, término del Infiesto, por donde corre el caudaloso río *Piloña*, llamado antiguamente *Pionia*. Dicese, pues, y se lee en varias historias, que acosado el invicto príncipe por los moros que le perseguían cuando acompañado de un solo escudero se dirigía de Gijón á Covadonga, se arrojó con su caballo al agua, prefiriendo la muerte á la esclavitud, y que encontrando por azar vado en aquel sitio, gritó para animar á su compañero que titubeaba en seguir su ejemplo, «*Pie halla.*» Ambos paladines llegaron salvos á la opuesta orilla, y sus enemigos dejaron de seguirlos por no atreverse á luchar con la rápida corriente. Con el objeto de conservar la memoria de este suceso, se dió el nombre de *Piealla* á las tierras cercanas al vado con el que son conocidas hasta hoy, y en el escudo de armas de aquel consejo de Piloña, (3) se pintaron dos guerreros montados atravesando unas ondas. De la boca de uno de ellos sale la leyenda «*Pie halla.*» y en la cabeza del escudo se ve la Cruz de la Victoria, usual insignia de don Pelayo.

El palacio en que residía en Cangas, aunque desde largo tiempo desapareció sin dejar ningún vestigio, se conserva felizmente representado con proligidad en un bellissimo chapitel bizantino de la iglesia de San Pedro de Villanueva, obra del reinado de Alfonso el Católico. Alude esta es-

(a) Aquí debemos rectificar la equivocación que padecemos en la biografía de don Pelayo, asegurando que había ocurrido su muerte en *Corao*, lugar que solo dista de Abamia un octavo de legua, y que pertenece á su feligresía. Hace poco tiempo tuvimos el gusto de visitar los célebres lugares que mencionamos en el presente artículo, y podemos por lo mismo hablar con mas seguridad que antes que los conociáramos solamente por la historia.

cultura á la despedida del rey Favila de su esposa, cuando marchó á la montería en que perdió la vida, y representa el momento en que montado el rey á caballo se aleja de su palacio (2). Calificámosle desde luego por el de Pelayo, pues creemos que Favila en su corto reinado, que no llegó á dos años, no podría llevar á cabo esta suntuosa fábrica, y que nada mas natural que hubiese fijado su residencia en la vivienda de su ilustre padre. Sobresalen á primera vista en este edificio la magestad y la sencillez, y muestra desde luego los tiempos belicosos en que se construyó, pues se asemeja mas á un fuerte castillo que á la morada de un monarca. Las dos puertas que le dan entrada son arqueadas, el techo es de piedra y finalmente elevadas torres coronadas de almenas, defienden sus ángulos.

El monumento mas moderno que en Asturias encontramos dedicado al rey Pelayo, es un bello arco de triunfo que el pueblo de Gijón construyó á fines del pasado siglo, en memoria de haber habitado el restaurador en aquella villa por algun tiempo, y de haberla rescatado del poder de los moros. (17) Es de arquitectura dórica, y tiene tres entradas; la del centro en forma de arco, y las laterales cuadradas. Decoran á la primera cuatro pilastras que ostentan una cornisa sobre la que se eleva un ático con las armas de la villa (9) que consisten en la imagen de Pelayo con la espada desnuda en la una mano y la Cruz de la Victoria en la otra. También se ve una gran lápida (13) con esta inscripción:

INFANS PELAGIUS

E GOTHORUM SANGUINE REGUM.

HISPANIE LIBERTATIS, RELIGIONIS QUE RESTAURATOR

SENATUS POPULUS QUE GEGIONENSIS

REGALUM CIVILI DONNUM DEDERE

ANNY DM. NTRI. J. C. S. MDCCLXXXVI.

En la fachada opuesta están las armas de España, y otra inscripción que no trasladamos por ser estraña al asunto de este artículo. La creación de este grandioso y elegante arco fué pensamiento del célebre Jovellanos cuando por mediación suya se abrió el camino real que desde Gijón conduce á Oviedo.

NICOLAS CASTOR DE CAUNEDO.

ESPLICACION DEL GRABADO.

VISTAS.	Números con que se marcan en el artículo
Covadonga.	1
Palacio de Pelayo.	2
Armas de Asturias.	3
Cruz de la Victoria.	4
Estoque de Pelayo.	5
Espada de id.	6
Ermita de Santa Cruz.	7
Armas de Piloña.	8
Armas de Gijón.	9
Sepulcro de Pelayo.	10
Sepulcro vacío de id.	11
Inscripcion en Covadonga.	12
Inscripcion en Gijón.	13
Bajo relieve en Covadonga.	14
Santa Eulalia de Abamia.	15
Campo de Repelayo.	16
Arco de triunfo en Gijón.	17



PINTORES CÉLEBRES.

FRANCISCO MOLA. — BARTOLOMEO BREEMBERG. — GUASPRE POUSSEN.



La huida á Egipto, cuadro de Francisco Mola.



Paisaje histórico, de Bartolomeo Breemberg.

FRANCISCO MOLA.

Lo mismo la Italia que la Francia se disputan á este maestro; pero sin obstinarse mucho en la cuestion, puesto que no se trata de un Homero. Unos quieren que haya nacido en Col-dre, en el Milanesado, el año de 1621; otros en Paris en 1620; estos le llaman el Mole, y le creen discípulo de Simon Vonet, le conceden doce años de existencia mas de los que tuvo y le matan en 1678, al paso que los primeros suponen que le educó su padre, que era pintor y arquitecto.

Sin erigirnos en Salomon de este proceso, diremos que Pedro Francisco Mola, era muy jóven cuando se encontró en Italia en los talleres del Josepino, del Albano y del Guerchino.

Estuvo muy distante de igualar á estos maestros en su género; pero se distinguió en el suyo, al estremo de sobre-

pujar al Albano, con respecto al paisaje, por su manera de pintar las tierras, de indicar las lontananzas, y de llenar de hojas los árboles.

Su reputacion le hizo ser buscado del papa y de los principes, y la reina Cristina de Suecia se colocó en el rango de sus oficiales. Pero tantos honores le trastornaron la cabeza, y sus pretensiones llegaron á un grado inusitado, concluyendo por morir de orgullo. He aquí de qué manera.

Trabajaba en el palacio Pánfilo, en un magnifico cielo raso que le habían confiado. Hizo una cosa esmerada, y la obra llegaba á su término, cuando el príncipe Camilo Pánfilo le apreció el pago de ella; pero á pesar de su largueza en la retribucion, el artista no quedó contentó, rehusó la generosidad del Mecenaz y quiso que su obra fuese tasada judicialmente. Fué mas allá todavía, porque reclamó mucho mas de lo que valia realmente su trabajo. En fin, llegaron su audacia y temeridad al extremo de unirse á los enemigos de la casa de Pánfilo, y prolongó el proceso con el príncipe por medio de regalos que ofrecian sus pinceles á jueces corrompidos.

Después de haber triunfado por estos medios tan viles, recibió cartas de Francia que acabaron de exaltar su orgullo: tanto el rey como la corte le llamaban para hacer grandes y ricas obras. Pasa con ostentacion y seguido de personas inteligentes al palacio Pánfilo; anuncia con estrépito su próxima partida, y llega como un conquistador delante del cielo raso que habia pintado... Pero ¿qué es lo que miran sus ojos? Sus obras borradas del uno al otro extremo, y al Calabrés ocupado en rehacerlas, y un intendente destinado á justificarlas.

No hay duda que la venganza fué cruel; pero ¿no la provocó el que la experimentaba?

El golpe fué tan rudo, que Mola entró en su casa y murió repentinamente afectado de un ataque cerebral. Así se llamaban entonces las apoplejías fulminantes.

Por notable que sea el grabado que presentamos de la *Huida de Egipto*, no es mas que el bosquejo imperfecto del hermoso paisaje de Francisco Mola. Para juzgar la validez de sus colores, la franqueza de su dibujo, la delicadeza de los tonos y la perfeccion de sus árboles, es preciso ver en el museo del Louvre, *Agar y el Angel*, el *Sueño de la Santa Familia*, los dos *San Juan en el Desierto*, la *Vision de San Bruno*, y *Herminia y Tancredo*.

BARTOLOMEO BREEMBERG.

Cada uno toma su maestro donde le encuentra.

Hemos conocido á un campesino que sacó del granero de un castillo los restos de un clave en un costal; los juntó pieza por pieza en su cabaña, y tocó sin saber una nota de música; pasó á estudiar la armonia inspirándose con el ruido que producian las olas del mar y concluyó por tocar admirablemente el órgano de la iglesia de su pueblo.

Hace doscientos años que un pobre jóven recorria las ruínas del Coliseo, observando las paredes casi destruidas, los acueductos, al través de los sitios desiertos del campo romano. Se levantaba antes que aparecieran las primeras luces del alba; y no se retiraba sino después de haber contemplado la caída de la tarde, mirando como el sol se escondia desde los picos mas elevados, espuesto á ser estrangulado por los asesinos ó despojado por los ladrones;

es verdad que el botín no era muy seductor, un lapiz, papel, pinceles, una paleta y un pedazo de pan, tal era el bagaje del peregrino.

Este jóven era Bartolomeo Breemberg. La posteridad elogia sus cuadros, pero se ha olvidado de escribir su historia. Dicen que nació en Utrech por los años de 1614, se ignora el taller en que trabajaba, suponiendo que haya tenido maestros; pero se sabe que marchó á Italia, porque allí ha pintado cuadros muy notables; añaden que la naturaleza fué su modelo y la soledad su profesor. Suponen, por último, que murió en 1660 á la edad de cuarenta años poco mas ó menos. No diremos mas acerca del particular y dejaremos á todos el cuidado de hacer una novela acerca de la vida sencilla de este personage.

Breemberg sobresalia en el paisaje histórico, y aunque quiso pintar algunos cuadros grandes, jamás tuvo un resultado satisfactorio. Ha hecho grabados al agua fuerte, los cuales son muy buscados. Su *Martirio de San Esteban*, y cinco paisajes suyos ocupan un lugar preferente en las galerías del Louvre. El mas notable de todos es el *Sueño de la Santa Familia*, en un sitio adornado de fábricas á la italiana. Las figuras, sin embargo, no son de Breemberg, porque la gracia con que aparecen representadas hacen traicion al pincel de Corneille Poelenburg. Este pintor no es el único de quien se ha servido Breemberg para dar animacion á sus paisajes, lo que prueba al menos que tenia amigos, desearíamos que el pequeño grabado que le consagramos contribuyese á tenerle mas impreso en nuestra memoria.

GUASPRES POUSSIN.

Una hermosa mañana de noviembre del año de 1628, Nicolás Poussin, el gran pintor, daba leccion en su taller situado en una de las alturas de Roma.

Todos los discípulos trabajaban ó escuchaban al maestro cuando la puerta se abrió para dar paso á un aficionado.

Era una de aquellas figuras extrañas que alegran comúnmente á los rapaces; pero este individuo no hizo reír á nadie; por el contrario, fué acogido como un amigo de la casa. Su dignidad sencilla y dulce al mismo tiempo, hubieran impuesto á los burlones desde luego.

Este hombre era el señor Dughet, honrado parisien, establecido en Roma con su familia.

Uno de sus hijos seguía la escuela de Nicolás Poussin.

—Felices, dijo al entrar; vengo á ver los trabajos de mi hijo Guaspres y á enterarme de sus progresos.

A estas palabras, un jóven, ó mas bien un niño, que se hallaba delante del último caballete tembló de pies á cabeza y sus mejillas se ruborizaron.

Reconózcase á Guaspres Dughet.

—Sus progresos son tan malos como su trabajo, respondió severamente Poussin.

Y se dirigió con el padre hacia el jóven.

El señor Dughet, que recibía por cuarta vez la misma noticia, en el espacio de un mes dió á su fisonomía el aire mas terrible de indignacion que pudo; porque en honor á la verdad, este digno hombre no tenia nada de Júpiter tonante.

—Muy bien, señor Guaspres, dijo alzando la voz, ¿con que tu pereza es irremediable?

—Esepto hoy, replicó el discípulo levantando su cabeza fina é inteligente; pues desde esta mañana he resuelto trabajar, y desde que amaneció no he soltado los pinceles.

—Como no haya sido para esculpir este polvorin, respondió el maestro, que sacó del bolsillo de Guaspre un polvorin de madera, cuyas cinceladuras estaban hechas con una herramienta desconocida. Estas cinceladuras eran tan delicadas, que Poussin no pudo menos de quedar sorprendido.

—¡Cazador de los diablos! exclamó, ya serías un pintor, si emplearas en el lienzo la cuarta parte de talento que pierdes en estas niñerías.

—¿Y qué instrumento es este? añadió el padre arrancando á su hijo una baqueta de la cual se servía para apoyar su pincel.

—He aquí su idea fija, respondió Poussin.... ¡La caza, las armas, el plomo, la pólvora! Nunca viene aquí por la mañana sino despues de haber matado tres ó cuatro aves. El otro día, hallándose inclinado delante de esta ventana, en actitud de aplicacion acudí á felicitarle, y vi con sorpresa que tenia un cañon de pistola cargado, apuntando á un pichon que se habia posado en los tejados del patio.

—Era la única arma que me quedaba, dijo el jóven suspirando. Me habeis confiscado mi escopeta y mi padre me ha quemado las redes.

—¡Y te atreves á responder, pícaro! interrumpió Dughet, que se esforzó cuánto pudo para ponerse colorado. Tu arma es tu pincel.

—Veamos este estudio que debe ser curioso, dijo Poussin.

Puso en buena luz el cuadro y le examinó detenidamente.

Los ojos del padre pasaban del caballete al maestro; el hijo no se determinaba á mirar ni al uno ni al otro.

De repente se trasformó la fisonomía de Poussin; el descontento dió lugar á la sorpresa, y la sorpresa á una especie de admiracion.

—Me parece cosa increíble, murmuró.

Y volviéndose hácia su discípulo:

—¿Tú has bosquejado esto? ¿Tú has dispuesto estos árboles, estas aguas, estas nubes?

—Sí señor, yo.

—¿Es esta tu obra de hoy por la mañana?

—Sí señor, ya os he dicho que está tomada mi resolucion; he trabajado siete horas seguidas.

—¿Qué ha hecho? preguntó el padre con ansiedad.

—Un prodigio, exclamó Poussin.... Hay aquí pinceladas que me confunden, efectos que no he podido yo obtener sino despues de diez años de estudio. Pero él no es el autor de esto.... Imposible, prosiguió, observando la fisonomía del jóven.

Guaspre se enrojeció y palideció á un mismo tiempo de vergüenza y de indignacion.

—¿Pensais que he mentido? articuló con fuerza incorporándose.

—Sí, has mentido, contestó el maestro. ¿Quién es el camarada que ha hecho tu trabajo?

El jóven enmudeció. Despues cogiendo una brocha, borraró el paisaje enfurecido.

—Entonces exclamó: le comenzaré para probaros que era mio.

El padre y el maestro quedaron atónitos.

—Pues bien, sea, dijo Poussin, sin haber quedado convencido. Pero vas á trabajar solo.... voy á encerrarte con un lienzo.

—¡Encerradme! ya os lo iba yo á decir.

El discípulo cogió su paleta, sus pinceles y siguió á Poussin á un gabinete, donde se le dejó encerrado.

—Silencio, dijo en seguida á Dughet, si ha mentido le echaré, y si no ha mentido, no seré ya su maestro, sino su padre, como vos. Volved á la noche.

Con efecto, por la noche volvió Dughet agitado, y Poussin entró en la habitacion del cautivo.

Guaspre estaba vuelto de espaldas al lienzo y miraba su polvorin.

—¿De esa manera trabajas? le dijo el padre admirado.

—Ya he concluido; respondió tranquilamente el jóven.

El maestro se dirigió hácia el cuadro; lanzó un grito y abrazó á su discípulo.

El buen Dughet se echó á llorar de alegría.

El segundo bosquejo era todavia mas notable que el primero; era el principio de una obra maestra.

Poussin salió precipitadamente y volvió al instante con la escopeta de Guaspre en la mano.

—Se la habia quitado al perezoso, le dijo, y la devuelvo á mi hijo adoptivo. Te doy licencia para que caces la mitad del día, pues la otra mitad te basta para llegar á ser un gran maestro. Un talento que se despierta de este modo no puede dormirse.

Esta vez le tocó á Guaspre abrazar á Poussin. Dughet llevó á su casa al uno y al otro, y los tres celebraron en familia este dichoso día.

Algunos años despues, Guaspre no desmintió la predicción de Poussin; era á la vez el primer cazador y el mejor paisajista despues de su ilustre maestro.

Habiéndose casado este con la hermana del discípulo llevaron los dos el mismo nombre, pues nuestro pintor se firmaba desde entonces Guaspre Poussin.

Sus dos pasiones, la caza y el arte, lejos de dañarse la una á la otra, se fortificaron mutuamente; reunióse á estas la de la pesca con la misma fuerza y las mismas ventajas. Descubrió parages donde perseguir los ciervos; tendia sus redes á los peces dibujando el curso de las aguas; de una ojeada apuntaba á la caza, y con otra cogia un efecto de sombra ó de luz. Sus aventureras escursiones le hacian descubrir las mas raras bellezas de la naturaleza, y los huéspedes mas inaccesibles de la tierra y de las aguas.

En una palabra, así pintaba, cazando y pescando, y de este modo se grangeó una grande reputacion en Roma.

Los principes se disputaron sus pinceles.

Un día cuatro elevados personajes querian llevarle, el uno á Florencia, el otro á Nápoles, este á Venecia, aquel á Milan.

—Florencia es la ciudad de las musas y de los palacios, decia el primero; alli encontrareis las obras maestras de Rafael y de Miguel Angel.

—Nápoles es la patria de los paisajistas, decia el segundo, y tendreis alli el Vesubio, el mar y las antigüedades de Pompeya.

—Venecia, decia el tercero, os ofrece sus lagunas, sus escaleras de mármol, y las maravillas del Veronés y del Ticiano.

—El Milanesado, añadió el cuarto, que era el duque de Cornia, os presenta los bosques mas llenos de caza y los rios mas habitados por los peces raros.

Guaspre cogió la mano del duque y partió á cazar y á pescar con él al Milanesado.

Regresó cargado de presentes y rico.

Habitó cuatro casas en Roma; dos sobre las puntas mas elevadas de la ciudad; una en Tivoli, la otra en Frascati; gastó con sus amigos de caza y de taller todos los tesoros que adquirió con su pincel; mas de treinta mil escudos romanos, y murió en 1675 á la edad de 62 años, dejando apenas lo necesario para que le costeasen el entierro en la iglesia de Santa Susana.

Hablaba poco; pero era amable y chancero. Nada era suyo; todo lo repartía entre sus camaradas y cofrades.

Sus cuadros brillan por la franqueza del colorido, por la seguridad de las tintas, y sobre todo por una admirable

facilidad. Los empezaba y los acababa á veces en un dia. La *Borrasca*, uno de los mas bellos que hizo para el cardenal de Lorena fué hecho de esa manera.

Cambió dos veces de estilo. Primero seco y frio, despues vago y bonito, llegó en fin á la sencillez y á la verdad que constituyen toda la ciencia.

Ha pintado grandes frescos en San Martin dei Monti.

Perfeccionó, sino creó, los efectos del viento; sus árboles, adornados de hojas con admirable perfeccion, viven y se mueven: sus planes están trazados con mucho arte; es un tanto uniforme en el conjunto, porque no tomaba tiempo para hacer variaciones.

En fin, tiene las cualidades y los defectos de todos los improvisadores.

El museo del Louvre posee tres paisages de Guaspre Poussin, siendo ocioso manifestar que no carecen de cazadores y de liebres.



El sueño de Jacob, paisaje de Francisco Mola



Paisage histórico de Guaspre Poussin.

ESTUDIOS MORALES.

A QUE PRECIO SE ADQUIERE LA CELEBRIDAD.

CAPITULO I.

EL MANCEBO DE BOTICA.

A fines del mes de noviembre de 1770 se observaba una agitacion extraordinaria en el laboratorio farmacéutico del licenciado Nick Elmy, boticario del lugarcito de Wickam-broock, en la estremidad de Norfolk. Mientras que la esposa del espendedor de drogas, ayudada por su sobrina Sara, preparaba un desvan que hacia dos años no ocupaba nadie, y se esforzaba en ponerle habitable; dos muchachos el uno como de doce años, y el otro algo mas joven, se

sentaron en el umbral de la puerta: como la hermana Ana del cuento de Barba azul, miraban á lo lejos por ver si venia alguien. El boticario ocupado en preparar un medicamento con arreglo á la receta, dirigia por intervalos sus miradas á los jóvenes para ver por la espresion de su fisonomía, si su impaciencia quedaba por fin satisfecha. Sus escursiones al medio de la calle no produjeron resultado alguno durante largo tiempo.

Mistris Elmy y su sobrina habian bajado del desvan, y ya hacia mas de una hora que manejaban la aguja y las tijeras, cuando una figura de las mas extravagantes hizo girar sobre sus goznes y sonar la especie de verja con su correspondiente campanilla que cerraba la entrada de la botica.

El recién llegado podria tener unos diez y ocho años

próximamente. Lo extraño de su traje, justificaba las risotadas en que prurupieron los dos muchachos, y la sonrisa que contrajo los labios rosados de miss Sara. Alto, delgado y pálido, el que acababa de entrar llevaba un vestido viejo muy ancho, de color negro, mientras que sus piernas nadaban en unas medias de lana tambien del mismo color, y concluían en unos zapatos muy grandes, lo que como Sara dijo por lo bajo, las hacia parecer á una barca con las velas caídas sobre los mástiles. Pero lo que escedía en burlesco y ridiculo á cuanto puede concebir una imaginación viva y atolondrada, era su rostro sumergido en una inmensa peluca sin polvos, sobre la que descollaba un sombrero de tres picos, que por su forma y lo estropeado parecia te-

ner por lo menos setenta años. Para colmo de desgracia el pobre petate de aquel modo rebajado, perdió completamente su serenidad al ver la agradable acogida que le dispensaban. Ruborizóse; quiso saludar, pero la peluca habia contraído una amistad tan íntima con el sombrero, que le siguió, y dejó descubierta la cabeza del infeliz, que estaba recién afeitada. Se asemejaba de aquel modo á la caricatura china que servía de remate á la muestra de la oficina. El mismo Elmy no pudo contenerse, tomó parte en la algazara general, y durante algunos momentos la risa le impidió recibir y leer la carta que sacó del bolsillo y le entregaba el recién llegado. Decir cuanto sufrió el desgraciado jóven mientras duró aquel acceso de involuntaria burla, no sería



Castillo de Taymouth en el condado de Perth. (Inglaterra).

cosa muy fácil. Un sudor frio corría por su frente, sus ojos estaban bañados de lágrimas, y si sus piernasse lo hubiesen permitido, habria emprendido la fuga. Por fin, dirigió una triste mirada á miss Sara, y habia en ella tanta desolacion, que la jóven no pudo menos de compadecerse del desdichado.

—Disimuladnos, dijo ella levantándose y dirigiéndose junto á la víctima, en la vida tan retirada que observamos cualquiera cosa nos hace reír.

Estas compasivas palabras de su sobrina devolvieron toda su gravedad á Nicolás. Enjugóse los ojos, humedecidos todavía con las lágrimas que la risa le habia hecho derramar, y compuso su semblante de modo que reconquistase la importancia y la calma que deben caracterizar á un hombre.

TOMO IX.

—Jóven, le dijo, mi sobrina Sara tiene razon; nuestra conducta en esta ocasion no ha sido muy sensata. Sam, conducid á mi nuevo discípulo á la habitacion que le está destinada.

Sam creía que no concluiría de una manera tan seria, una ocurrencia tan alegremente comenzada.

—Venid, le dijo; pero vuestro equipage es muy pesado, dejadme qué os ayude á conducirle.

Y con fingidos esfuerzos se bajó para agarrar el pequeño lio que llevaba el jóven en la punta de un palo, envuelto en un pañuelo.

Al ver esta nueva chanza Daniel, hermano de Sam, comenzó otra vez á reír, pero un golpe que recibió en el cuello de la descarnada mano de su padre, le hizo pa-

bruscamente desde la risa al llanto. Asustado Sam por aquel medio de reprensión, que temía ver empleado en sí mismo, se apresuró á salir de la oficina y á guiar al aprendiz por la pendiente, estrecha y negra escalera que conducía al desván.

Solo ya allí el jóven, cayó, mas bien que se sentó, en la única silla que amueblaba su cuarto, y comenzó á llorar amargamente, porque hacia mucho tiempo que su oprimido corazón necesitaba desahogarse. Cuando recobró un poco de ánimo dejó el malhadado vestido negro, arrojó su peluca en un rincón y se cubrió la cabeza con un gorrito de lana azul; por fin, un delantal verde ocultó del mejor modo posible la estremada anchura de sus calzones y medias. Si aquel adorno no le volvía hermoso, le quitó al menos una buena parte de lo ridículo que tanto le había hecho sufrir.

Pobre, tímido y sin nada que pudiese hacer que se formase un concepto aventajado de él, Jorge Crabbe se encontraba con todas las condiciones posibles para alentar al maestro Elmy en las disposiciones de que se encontraba ya animado para abusar del trabajo de su mancebo. No solo le imponía toda la parte ruda y fatigosa de las preparaciones farmacéuticas, sino que además le hacía cultivar un jardín, en que crecían juntas y fraternalmente las plantas oficinales y las hortalizas necesarias para el consumo de la casa. En cuanto á las mezclas y medicamentos que hubieran podido familiarizar al mancebo con el estudio verdadero de su nueva profesión, no le pasaba siquiera por la mente á Nick el hablar de ello á tan completo imbécil.

CAPITULO II.

LA BUENA HADA.

Jorge Crabbe, estaba, pues, reducido á tomar oculta-mente los libros de química que formaban la biblioteca de Elmy: se los llevaba al jardín, y allí leía aparentando que preparaba la tierra: ó bien sustraía á la diligencia y perspicacia de miss Sara, encargada de la cocina, algunos cabos de vela, con los que pasaba la noche estudiando, no sin tapar antes la ventana con la única manta que tenía para que ninguna claridad ilícita pudiera hacer que fuese descubierto por defuera. Un día Sara le sorprendió en el acto de ejecutar uno de aquellos hurtos. Crabbe la suplicó que no denunciase aquel grave delito á la severidad de la señora Elmy, y la confesó sus estudios nocturnos. Sara se dejó persuadir, y desde entonces el aprendiz en vez de tener que hurtar las velas, recibió su provision de manos de Sara.

Esta complicidad no tardó en producir otra. Cuando Jorge Crabbe agotó la diminuta biblioteca de su patrón, fijó sus codiciosas miradas en un viejo Shakspeare, que el dueño de la casa tenía cuidadosamente encerrado en compañía de otros treinta ó cuarenta volúmenes en un antiguo armario de encina, cuya llave se guardaba siempre en el bolsillo. Jorge se atrevió á confesar á su bienhechora el deseo que le consumía de leer aquellos tomos, y Sara se los fué entregando en secreto y sucesivamente uno á uno. Por premio de tan generosa protección, encontró una noche estos versos en una hermosa Biblia nueva que Crabbe había traído de Bury, un día que fué á recibir el corto sueldo que su familia le pasaba cada mes. La compra de aquel libro consumió la pension de dos meses.

Dad de comer al hambriento, ha dicho el Salvador, Y consolad al afligido, que es una obra de caridad:

Vos me habeis dado el pan del estudio, y los consuelos de la amistad.

Que bendiga el Señor vuestra mano, como lo hace el que habeis socorrido.

Al leer aquellos versos Sara, se quedó estupefacta y encantada, como la hermosa Eglantina cuando vió al jorobado Riquet en la Houpe transformarse en un príncipe encantador. La pareció que una hada había tocado con su omnipotente varita aquella roca en otro tiempo estéril, para hacer brotar de ella á borbotones la inteligencia y la poesía. No se engañaba: aquella hada era ella misma.

Desde entonces y poco á poco hubo cambios muy notables en el mancebo boticario. Su calva se fué cubriendo insensiblemente de cabellos rubios que se deslizaban, formando rizos, por debajo de su gorra, inclinada un tanto sobre la oreja con cierta coquetería; sabía ajustarse su modesto traje de un modo, que casi le daba elegancia, y la dulzura de su carácter acabó de grangearle la amistad de Sara y de Daniel, que no emprendían nada sin consultarlo antes con Crabbe. La señora Elmy no podía pasar sin el aprendiz, porque ninguno como él sabía sacar partido de todo y restaurar los utensilios de cocina; el mismo maestro Nick concluyó por prestar sus libros á Crabbe y confiarle la llave del armario que los contenía, porque adonde quiera que se extendiesen el cuidado y la influencia del jóven, se notaba orden y mejoras.

Diez y ocho meses fueron suficientes para efectuar tan completa trasformación en la posición del mancebo: todos le necesitaban y le querían. Dejó á vuestra discreción el pensar la dolorosa impresión que produciría en el ánimo de todos los de la casa, cuando una mañana anunció con lágrimas en los ojos que iba á dejar la botica de Wickambrook para marchar á Londres. Al oír aquella noticia la señora Elmy levantó las manos al cielo en ademán de desolación; Sam y su hermano comenzaron á llorar, el boticario no podía creer á sus oídos, y Sara se quedó tan pálida como el muerto que envuelven en el sudario.

Y sin embargo, esta era la que quería la marcha. Sara era la que la había exigido. Ocho días antes al volver de los divinos oficios, en los que había rezado y leído en la Biblia, regalo de Crabbe, fué á buscar al jóven, ocupado en estudiar en la pieza inmediata á la de la botica, cuya dirección y despacho le había confiado el maestro Elmy durante el día.

—Caballero Jorge, le dijo, quiero hablaros de cosas serias é importantes.

Al escuchar aquellas palabras, Jorge se sintió tan conmovido, que dejó caer la espátula que tenía en la mano, y ni una sola voz pudieron articular sus labios para contestar.

—Escuchad, continuó ella. Ya hace tres años que pasáis en una botica de lugar: tres años que habeis perdido para vuestro porvenir.

—¿Para mi porvenir! exclamó Crabbe, ¿para mi porvenir! ¿y en qué otro porvenir quereis que sueñe el hijo de un pobre recaudador de consumos? ¿No me encuentro yo dichoso en esta casa rodeado de personas que me aman y...

Quiso añadir cerca de vos, pero le faltó la voz, y solo los ojos espresaron su pensamiento.

Sara se ruborizó, bajó los ojos, y por algunos instantes guardó silencio. Pero los levantó bien pronto y los fijó intrépidamente en el jóven, que á su vez se avergonzó y volvió á otra parte la vista.

—Caballero Crabbe, continuó ella haciendo un esfuerzo, en las circunstancias solemnes en que nos encontramos, no cabe ni mentira ni disimulo. Sé que me amais.

Juntó él las manos con turbacion, como para espresar la profundidad de su culto y la pureza de su adoracion.

—Yo tambien os amo.

Y al hablar asi la temblaban todos sus miembros: mas no por eso dejó de repetir.

—Yo tambien os amo, y en nombre de este amor vengo á pedir os que salgais de vuestra oscuridad y apatia, y que os conquistéis una posicion digna de vos y digna de mí. Caballero Jorge, pongo por testigo al cielo de que jamás he deseado mas que conservar mi vida humilde y oscura, pero por vos soy ambiciosa. Somos pobres, pues llegad á ser ricos; somos oscuros, pues hacedos ilustre por los dos: ¡me lleno de orgullo con vos!.... Estas ideas son muy estrañas para la hija de un labrador, ¿no es verdad? Pues solo las tengo desde que os amo. Una voz misteriosa me dice que estais llamado á grandes destinos.

—¡Qué importan esos destinos, si para alcanzarlos tengo que abandonarlos! esclamó dolorosamente.

—Nada de debilidad, nada de ideas mezquinas, replicó la jóven entusiasta. Nada de eso, porque os amaria menos. Seguid el sendero que os indico. Esperaré rogando á Dios á que hayais llegado. Juro por la memoria de mi virtuosa madre que se halla á los pies de Dios en el paraíso, que nada cansará mi paciencia ni me hará perder mi resignacion. Aunque no debiésemos unirnos mas que marchitados por la vejez, mas que en el cielo, ninguno ocupará jamás mi pensamiento si no vos. Vos sois desde este momento mi esposo, recibid esta prenda de mis juramentos, querido mio.

Y sacando de su mano un anillo de plata, le colocó en el dedo de Jorge y desapareció.

El jóven permaneció allí pensativo y sorprendido como si acabase de salir de un sueño. La voz de Sara habia despertado en él mil pensamientos que dormian vagarosos y sin fuerza en el fondo de su corazon. Parecia que sus ojos se abrian á una luz desconocida, y que solo desde entonces comenzaba á gozar de una verdadera existencia. Hasta allí no se habia atrevido á confesarse á sí mismo, ni sus sueños de gloria ni su amor á Sara. Creía únicamente venerarla y amarla, como se ama y reverencia á Dios. Jamás habia concebido la esperanza de obtener otra cosa que proteccion.... ¡Y he aqui que le ama! ¡he aqui que se lo dice! ¡que le promete felicidad, riquezas y gloria! ¡he aqui que le jura ser suya! ¡he aqui que le llama su prometido! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡cómo soportar tanta alegría! ¡cómo merecer tanta felicidad! Se lo ha hecho saber, en mostrándose digno de ella.... y lo será; lo jura.

Bien pronto á este estado de exaltacion, sucedió una reaccion profunda de tristeza y desaliento. Despues de la alegría de ser amado de Sara, venia el pesar de dejarla, y de dejarla por un tiempo ilimitado, para siempre tal vez.... Le faltó valor, quiso ir á arrojarle á los pies de Sara

y suplicarla le entregase desde luego su mano, sin correr tras de eventualidades imposibles de fortuna y de gloria. Pero le pareció verla irritada é inexorable, y ademas que semejante debilidad le rebajaria á los ojos de la jóven. Asi fué, que desde la mañana siguiente lo preparó todo para acelerar la marcha cuanto le fuese dable.

CAPITULO III.

LA PARTIDA.

Durante los ocho dias que trascurrieron, Sara no cambió en la apariencia su modo de conducirse con el jóven: evitó toda conversacion á solas con él, y se abstuvo de hacer ninguna alusion acerca de lo que entre ambos habia pasado, mas no por eso dejaba de encontrar mil medios para alentarle. Jorge leia en la voz de Sara, y sus inflexiones le infundian nuevo vigor: sus miradas y sus menores gestos eran para él otros tantos preceptos que se hallaba decidido á cumplir. Sin embargo, como ya he dicho, cuando anunció su próxima partida, la animosa jóven no pudo ocultar su turbacion y palidez al considerar lo inmenso del sacrificio que ella misma habia exigido: creyó que la abandonaban las fuerzas.

—¡Quiere dejarnos! esclamaron los niños.

—¡La casa va á quedarse como un desierto! añadió dolorosamente miss Elmy.

El boticario estaba tan aturdido, que en un medicamento que estaba preparando, mezcló borraja en lugar de hojas de sem. Arrojó bruscamente la preparacion á la calle y se puso á revolver un bote, volviendo la espalda á Crabbe para ocultar su emocion.

El mas profundo silencio reinaba entre todas aquellas personas consternadas; al fin mistress Elmy murmuró:

—Permitidme que os llame ingrato, Jorge: os amaba como si fuérais hijo mio.

—¡Ingrato! esclamó el jóven, ¡ingrato!.... ¡Yo olvidar las bondades que me habeis dispensado! No: seria un miserable indigno de la ternura que me habeis profesado. Pero es necesario que obedezca á órdenes que he recibido. Órdenes sagradas y sin réplica, añadió fijando su mirada en Sara.

—Sin duda os ha mandado eso la carta que habeis recibido esta mañana de vuestro padre, dijo mistress Elmy.

—Esa carta es relativa á mi marcha, se apresuró á contestar Crabbe, apartándose un poco del sentido real y verdadero. Porque aquella carta contenia pura y simplemente una autorizacion para dejar á Wickambroock, permiso que habia pedido á su padre.

—Si vuestro padre lo quiere es preciso obedecer, interrumpió el boticario. Voy á escribir algunas cartas á mis corresponsales de Lóndres para que os faciliten los medios de encontrar colocacion en un buen establecimiento de farmacia.

—Y yo, dijo mistress Elmy, voy con Sara á arreglar la ropa blanca de este hijo pródigo que nos abandona, porque no encontrará en Lóndres manos mas hábiles que las de mi sobrina para plancharle y coserle las camisas y calcetas.

El resto del dia trascurrió tristemente, y la comida que reunia por última vez en derredor de la mesa á todos los

individuos de aquella familia que tanto se amaban, fué ennoche rogando al cielo que no abandonase á los dos huéspedes. Entonces ya fué necesario que el padre se ocupase de ellos. Volvió á emprender su oficio de pescador, y los encargó á bordo de su barquilla las funciones de grumetes. Empero la molicie y la disolución habían debilitado sus brazos y desalentado su ánimo: castigaba á sus hijos golpeándolos, de su propia torpeza y falta de valor.

No debe abrirse hasta llegar á Londres.

Al día siguiente, al rayar el alba, Jorge Crabbe se puso en camino á pie con su equipage en un saquito que llevaba á la espalda. Sam, Daniel y mistress Elmy lloraban: el boticario se esforzaba en reprimir las lágrimas, y Sara hacia oración.

CAPITULO IV.

EN LONDRES.

Mientras reinaba el disgusto en casa del boticario y cada uno sentía vivamente el vacío que dejaba la ausencia de Crabbe, Sara sentía que su fé, su admiración y su ternura iban tomando un carácter mas vivo y mas profundo. Rembrandt decía que las pinturas no deben mirarse desde muy cerca. Quizás ¡ay!... sucede lo mismo con aquellos á quienes amamos!... La distancia que nos separa no nos deja percibir pequeñas desigualdades que tocaban nuestros dedos y veían nuestros ojos. La imaginación y el corazón pueden poetizarlos con toda libertad y rodearlos de una aureola. Cuando Jorge se encontraba al lado de Sara era simplemente para ella un joven á quien revelaba su fuerza. ¡Le animaba, le protegía!... Ya ausente llegó á ser un verdadero héroe, lleno de valor y de fuerza, que marchaba intrépidamente en busca de una fortuna y una gloria seguras. ¡No la dominaba mas que un pensamiento, él y siempre él!... Sus días pasaban entre ilusiones; en las que evocaba uno á uno, para dorarlos con el esplendor de su ternura, los recuerdos de las menores circunstancias de la vida de Jorge. Recordaba los sitios en que la había hablado, la inflexión de su voz y su actitud. Entonaba continuamente un canto de esa epopeya cuyo héroe pasaba de día en día al estado de apoteosis. ¿Quién mejor, decía entre sí, merece el afecto de una joven que el desgraciado cuya infancia no ha podido consolar la dulce sonrisa de una madre?... Hijo de una familia de pescadores, habiendo nacido en una miserable choza á orillas del mar, conoció los peligros, el trabajo y la fatiga, en una edad en que los otros niños no han conocido todavía la vida real, ni por consiguiente padecido. Su padre, herido en una escursión marítima, se vió reducido á abandonar las redes y hacerse maestro de escuela; ¡pobre ignorante, que enseñaba lo que no sabía!... Después se mezcló en los disturbios de las guerras civiles, se hizo wigh, y pasó mas tiempo en la taberna que en la escuela, lo cual hizo que bien pronto quedase desierta. Mientras se embriagaba y conspiraba, su hija primogénita se esforzaba en ganar el pan para seis niños de tierna edad de que había llegado á ser la madre. Un día la miseria y el hambre disminuyeron en una mitad á aquella pobre familia. Murieron los tres mas jóvenes, y la hermana mayor, la protectora de los dos niños que quedaban, se durmió una

Jorge, cuando su padre no le llevaba á la pesca, pasaba el día en casa de una vecina anciana que le había cobrado afecto, le enseñaba á leer y se complacía en referirle historias maravillosas y leyendas de hadas, á que tenía mucha afición. Ambos lo tomaban con seriedad, y creían como reales los sueños de la tradición popular. Crabbe esperaba sin cesar ver llegar alguna hada con su varita de oro en la mano para protegerle y hacerle feliz. ¡Ay!... la única hada que velaba por él, la buena anciana amiga suya, murió y legó al estudiante los pocos muebles que la pertenecían para que con su producto pudiera ir á continuar sus estudios en la ciudad inmediata (Stowmarket). Mientras que el niño se dedicaba con ardor al trabajo, su padre dissipaba en la taberna el legado de su hijo, y despidieron á Jorge de la enseñanza porque no pagaba su pension. Fué pues, necesario regresar á Aldeborough y renunciar á los estudios que desarrollan la inteligencia, para emprender trabajos manuales. Estos no eran las azarosas fatigas del mar: el padre de Crabbe le enviaba á los almacenes del mercado de Slangden, en donde el joven hacia manteca y queso. Cayó enfermo, no quisieron admitirle mas en los talleres, en donde sus brazos no tenían ya la fuerza necesaria para la fabricación de aquellos artículos, y entonces fué cuando un arrendatario, compadecido de él, pensó en hacerle entrar como mancebo en la botica de Elmy.

Tal era la influencia ejercida por la ternura de Sara sobre la imaginación de la joven, que experimentaba un dulce recuerdo de la llegada de Crabbe á casa del boticario. Ya no se acordaba ni del ancho vestido que caía por el cuerpo de Jorge como una vela plegada sobre el mástil de un navío, ni de la peluca, ni de la calva que tanto la había hecho reír. No veía ya mas que un joven pálido, abandonado, y que sufría heroicamente las pruebas de la miseria. Luego formaba mil sueños dorados para el porvenir. Si una sola duda afligia su alma sobre el buen éxito que su prometido iba á conseguir en Londres, veíale poeta, apreciado, obsequiado, cubierto de gloria y de alabanzas... ¡Ay! una carta de Crabbe, carta esperada ya hacia largo tiempo y dirigida á la familia Elmy, porque los castos amantes no habían adoptado de antemano medidas para escribirse directamente y en secreto, anunció que el poeta, desesperanzado de encontrar un impresor para un poema, producción suya, había abierto una botica en una aldea.

Este no era el medio de hacer fortuna ni de adquirir nombradía. Crabbe lo comprendió así bien pronto, y algunas líneas de un diario que escribía todas las noches, servirán para darnos una idea del estado de su ánimo y de lo mucho que sufría.

«Un año de penalidades, de cuidados, de miserias, de padecimientos y de crueles decepciones, acaba de transcurrir para ir á perderse en el seno del Eterno! Oh Señor, acuérdate de mis oraciones y de mis lágrimas!... perdóname mis faltas y mis errores...

«¡Oh tú, origen de la verdadera felicidad!... inspireme mas sumision á tus decretos: enséñame á reprimir esperanzas que me estravian, y á soportar la desgracia sin debilidad!...»

«Que el año que acaba de trascurrir ¡Dios mio!... no sea un tormento para mí. Que el que principia no me traiga nuevas penalidades!... ¡Pero sobre todo, hágase tu voluntad!...»

Durante aquellos dias de calamidad andaba errante por el campo, llevándose consigo un tomo de Ovidio ó de Tibulo, y otras veces un Cátulo ó un Horacio. El punto hácia donde habitualmente dirigia su paseo era al bosque de Hornsey. Allí, como el filósofo de Ginebra, buscaba plantas



Hidrofílo vulgar.

é insectos. Una tarde se alejó mas de lo acostumbrado: sentíase muy fatigado para volver á la poblacion, y no llevaba en el bolsillo ni un schelling. No pudiendo, pues, proporcionarse un albergue en donde pasar la noche ni cena, de que tenia gran necesidad, se tendió sobre un monton de heno, pasó los últimos momentos del dia en leer en Tibulo, y cuando cerró la noche se durmió hasta la mañana siguiente.

Hé aqui algunos extractos de su diario, poco mas ó menos de la misma época.

«25 de abril. El *Advertiser* de este dia busca un secretario: el que lo solicite deberá dirigirse á Mr. Brooke, Conventry-Street, Hay Market. Iré á presentarme mañana.

«27 de abril. Pasó sin resultado. Mr. Brooke me ha contestado por medio de su criada que la plaza estaba ya dada desde el dia anterior. Nada tengo de que arrepentirme.

«1.º de mayo. Mi bolsa se compone de cinco schellings, seis pences. Dios sabe cuanto tendré á fines de mes.

«16 de mayo. Una loca tentacion ha producido una gran reduccion en mis fondos. He tanteado las obras de Dryden, tres tomos en octavo. Me pidieron cinco schellings, ofrecí tres, y me pillaron la palabra: hice la compra, y heme ya con tres schellings menos.

«Es cosa muy triste el no tener mas que un vestido: he roto el mio por el codo al pasar por una tienda. Cuando llegué á mi caramanchon recurri á mi patron, que me dió una aguja, hilo y cuatro hojas de papel de estraza, con lo que he compuesto el codo del mejor modo posible.

«18 de marzo. He ido á pasearme por las orillas de un arroyuelo: en medio de una laguna cubierta de culebras y de plantas acuáticas habia un hidrofílo que comenzaba á hilar en una hoja de caña el capullo de que queria hacer su nido. Al ver la multitud de brillantes rayos que hacian resplandecer con sus colores prismáticos las alas del escarabajo, sentí penetrarse mi corazon de esperanza.... Dios, dije, protege á este insecto, y no abandonará á un huérfano que sigue su camino. Me levanté con una serenidad que no acostumbraba á tener, y pude orar.

«20 de junio. ¡Oh mi querida Sara!... acabo de recibir vuestra carta.... la primera que escribís al que á pesar de tantas pruebas llamais todavía vuestro prometido... ¡Cuánto me afligís!... ¡quereis conocer todo el horror de mi situacion!... Sin embargo, es necesario que os oculte algo; no puedo descubriros tantas angustias.... Os diré que no tengo ya nada, que todo lo he vendido ó empeñado, hasta el reloj, los libros y mi bolsa de instrumentos quirúrgicos.... que estoy en descubierto con mi patron, y que no sé como he de vivir la semana próxima! ¡Oh! no, ángel de bondad. .. no me exijais esas confianzas.... no puedo hacéros las.... lo que me desespera es que no tengo ningun vestido decente.... ¡Paciencia!... quince dias pueden producir muchos cambios.

«¡Dios mio!... Pongo toda mi confianza en tí.... mis males se aumentan cada dia... ¿Me abandonarás en mi desolacion?... ¡Ah! no, tú eres mi redentor.

Dirigióse sucesivamente á varios personajes. En cada carta incluía una composicion poética con la esperanza de darse de este modo á conocer y de obtener recursos pecuniarios. ¡Pobre poeta!... ¿quién era para que se ocupasen de él?... El silencio ó el desprecio fueron el resultado de sus misivas. Una feliz inspiracion le indujo á llamar á la puerta del ilustre Burke, y sus amargas quejas no fueron aquella vez desoidas por un noble corazon: la carta que le escribió concluía con estas palabras:

«Todas las personas entre que vivo se conducen de verme en esta estremidad, sin apoyo ni proteccion. Hace diez dias me vi obligado á firmar una obligacion de la mitad de la suma que debo para evitar el ser preso. Inmediatamente he escrito á mis amigos pidiéndoles algun socorro, pero todos son tan pobres como yo. Ayer he empleado todos los medios humanos para proporcionarme dinero, mas sin resultado. Con gran trabajo he conseguido que mi acreedor me conceda una espera de ocho dias; trascurrida esta moratoria me aguarda la prision.

«Perdonad, caballero, que os moleste con estos pormenores: me dirijo á vos como hombre compasivo, y aun permitidme que añada á un grande hombre: no tengo á vuestros beneficios mas derecho que la desgracia.

«¿Quereis pruebas de mi veracidad? Os las daré, caba-

llero. Me he engañado muchas veces, pero jamás he engañado á nadie: plegue á Dios que vuestro corazón se entenezca de mi infortunio. Sé que las personas que ocupan en el mundo una posición elevada por su rango y su fortuna, se ven acosadas con peticiones importunas y obligadas á contestar á ellas con una negativa; así que no tengo esperanzas de mejor acogida que los demás. Pero si me rehusais vuestro apoyo, caballero, concededme al menos vuestra estimación, y decidme que mi pretensión no os ha ofendido.»

Mr. Burke le remitió cinco libras, pero este recurso no tardó en agotarse. Volvieron á reproducirse las deudas, y resolvió dirigirse á Mr. Dudley North, á quien su padre había prestado algún servicio durante las elecciones. Este era un hombre de inteligencia y de corazón, capaz de juzgar de la moral de Crabbe. Le alentó, le aconsejó que fuese á Londres, y concluyó poniéndole en la mano diez libras esterlinas. Cuando el joven se vió poseedor de ciento veinte y cinco francos, se creyó ya rico y á la mañana siguiente se embarcó en un buque mercante. Cuando desembarcó en la torre de Wharf, los gastos del viaje habían reducido su capital á setenta y cinco francos.

Allí le esperaba un consuelo al joven, un consuelo que le restituyó toda su energía; era otra carta de miss Sara Elmy.

«Mi querido Crabbe, le decía, he sabido todos vuestros padecimientos y vuestras pruebas. Vuestra Sara participa de unos y de otras, pero no pierde la esperanza. Resignada en la voluntad de Dios, espera con viva fé el término de las pruebas que os están reservadas.»

Concluía encargándole que fuese á hacer una visita á un comerciante de paños en el Cornhill. La mujer de aquel era amiga de la madre de Sara, y recibió muy bien á Jorge. Su marido le dió buenos consejos, le ayudó con su bolsa, y hasta quería que se quedase en su casa. Crabbe le dió las gracias, le prometió comer con él los domingos y fué á hospedarse en una bohardilla en casa de un peluquero; allí se puso á escribir con ardor, y á fuerza de pasos pudo encontrar un librero que consintió en publicar el poema del *Candidato*. Aquel librero, que se llamaba Payne, se quedó asombrado del buen resultado de la obrera, pidió al autor otra cosa, y esta vez le prometió honorarios. ¡Ay!... Payne hizo quiebra antes de concluir la impresión de la *Aldea*, y Crabbe perdió su única esperanza.

Mr. Burke acudió de nuevo en auxilio del poeta, le estableció en su propia casa en Beauconsfield, y le dió los fondos necesarios para emprender una especulación de librería con el título de *Biblioteca de Aldea*. Cuando el éxito justificó la idea de aquella obra, escritores muy ilustres llegaron á ser sus colaboradores y contrajeron amistad con el joven escritor que había sido el creador. Reynold, Samuel Johnson y Fox, eran del número de aquellos. Invitaron á Crabbe á que se hiciese sacerdote y siguió aquel consejo, que se avenía maravillosamente con sus ideas religiosas. Su reputación literaria unida al crédito de sus amigos, le hicieron obtener el título de capellan del duque de Rutland.

Con este título habitó en el palacio de Taymonth. Aquella posición era honrosa, pero todavía no le permitía su enlace con miss Sara. Un día, el canceller lord Thurlow, que le profesaba mucha amistad, se informó de la causa de la

tristeza del joven. Este le confió su amor y le habló de la dicha que experimentaría si alguna vez mejoraba su posición de manera que pudiese casarse con su querida prometida. Lord Thurlow escuchó aquella confianza con una fría indiferencia al parecer.

Pasadas algunas semanas propuso á Crabbe que le acompañase á un viaje que los deberes de su empleo le obligaban á hacer á Stathern en el Dorsetshire: Crabbe accedió con gusto, y los dos amigos emprendieron la marcha.

CAPITULO V.

LA VISITA A UN AMIGO.

Diez años despues del viaje de Crabbe á Stathern con Thurlow, Walter Scott, todavía joven, pero ya célebre por su poema de *Marmion*, se dirigía en posta hácia la pequeña ciudad de Dorsetshire. El carruaje se detuvo á la puerta de una bonita casa, cuya blanca fachada se elevaba entre unos grupos de árboles, y delante de la cual había un espacioso jardín. A medida que el joven poeta iba penetrando en la habitación, admiraba mil ingeniosas disposiciones que aumentaban el encanto de aquellos sitios deliciosos. En un estanque artificial jugueteaban los peces: una pequeña balsa permitía á los insectos acuáticos entregarse libremente á sus instintos, que de aquel modo era muy fácil estudiar: había pajareras y hermosos establos junto á un corralón. Cuatro niños, de los que el mayor tendría nueve años, jugaban sobre el verde césped con una cabra y un perro, mientras su madre los miraba con ternura por el balcon, y el padre visitaba un invernadero lleno de flores exóticas. Al ver á Walter Scott salió precipitadamente de aquel retiro embalsamado, y corrió á abrazar á su amigo.

—Querido Walter Scott.

—Querido Crabbe.

Y los dos se dirigieron á donde estaba la madre de los niños, que bajaba la escalera para saludar á su huésped.

—Amigo mío, os presento á mi esposa, á mi querida Sara!... Sara, he aquí á nuestro amigo Walter Scott. Deja su amado Edimburgo para dedicarnos una semana entera.

Aunque ya había pasado su primera juventud y contaba cerca de treinta años, mistress Crabbe era hermosa. Recibió á Walter Scott con una sonrisa de inefable dulzura. Los niños corrieron por uno y otro lado, y por ese instinto que no les engaña jamás, comprendieron en seguida que acababa de llegar un amigo. Los niños se apoderaron alegremente de un libro que el extranjero tenía en la mano, y fueron á colocarle en la habitación destinada al recién llegado. Las niñas, mas circunspectas, se contentaron con levantar hácia él sus rasgados ojos azules y hacerle una graciosa cortesía. Walter Scott se sentó algunos momentos en el salon, cuya disposición hábil y llena de gusto admiró: una vidriera que daba al invernadero, permitía admirar sus magníficos tesoros: desde el balcon se dominaba un pintoresco paisaje; en fin, los muebles, aunque de forma sencilla, y con telas de poco precio, reunían la comodidad y la elegancia. La biblioteca y el comedor presentaban las mismas ventajas, y las alcobas ofrecían la mas escrupulosa limpieza, que debía aumentar la dulzura del sueño y del reposo.

—Comprendo que no ireis nunca á Londres, mi querido

Crabbe, dijo Walter Scott. Pero ¿cómo no publicais al menos ni versos ni libros, vos el mas célebre de nuestros poetas y el mas popular de nuestros escritores?...

—Es porque no tengo tiempo de escribir, contestó Crabbe con sencillez. Al frente de la poesía de la naturaleza, la del arte aparece sumamente pálida. No me atrevo á poner mis obras de hombre al lado de las obras de Dios. El cuidado de mi presbiterio y de mis ovejas, mis goces de familia, y mis estudios de historia natural, me absorben todo el tiempo. Cuando tengo un poco de vagar, me siento en las rodillas de mi querida Sara, tomo en las mías uno de mis hijos, los demás me rodean, y de este modo me quedo absorto con los goces del corazón y algunos milagros de la naturaleza. Unas veces, un cactus grandiflorus, despliega lentamente su cáliz de oro, de diamantes y de púrpura. Otras, sigo con la vista las luchas y los amores de esos insectos acuáticos, que viven en mis balsas como pudieran hacerlo en la charca que los vió nacer. He ahí lampyros que conservo hace dos años en esos vasos de cristal en donde les he colocado una pradera artificial. Proceden de Italia, me los trajo un amigo, y nada ha oscurecido todavía la estrella luminosa que por todas partes llevan consigo.

Además tengo mis libros, mi invernadero y mis sermones. Apenas me queda tiempo para escribir á algunos amigos á quienes amo tiernamente, como á vos, querido Walter.

—¿Y gozais esa felicidad pura y sin nubes hace diez años?...

—Si, amigo mio, Dios me colma de toda esta ventura, desde el dia en que mi bienhechor, el canciller Thurlow, me trajo á estos sitios preparados del modo que veis. Todavía estábamos en su carruaje, cuando divisé una mujer, un angel adorado que no habia visto hacia muchos años, á mi Sara, que corría á mi encuentro.

—Jorge, me dijo el lord, mirad á vuestra esposa.

Y sin dejarme tiempo para pensar, me condujo á la iglesia en donde nos aguardaba el párroco de Belvoir, que celebró nuestro enlace y me instaló como cura de almas de este pais. Desde entonces, Dios me ha colmado de bendiciones, me ha hecho padre, ha inundado mi corazón de felicidades que se multiplican para el cristiano, casado segun Dios, y segun su corazón: para el padre que ve crecer en derredor suyo sus cuatro hijos queridos. Hemos tenido tambien nuestros dias de prueba y de dolores, pero los hemos sufrido con resignación, y estas pruebas no han sido muy continuas.

Durante la semana que Walter Scott pasó al lado de su amigo, no se cansó de admirar la ciencia profunda de Crabbe y el maravilloso estudio que habia hecho. Al salir de Londres no sabia una palabra de francés ni italiano, y entonces ya se espesaba con suma facilidad en aquellos dos idiomas. Mantenía correspondencia con Cuvier sobre la geología, los esclomologistas mas célebres le consultaban acerca de la historia de los insectos, cuyas costumbres nadie las ha estudiado mejor que él; y en fin, botánico no menos afortunado, descubrió muchas especies de la flora inglesa.

Trascurrida toda una semana, Walter dejó á Crabbe y su excelente y candorosa esposa con un vivo pesar.

—Os amaba ya mucho, le dijo al despedirse, pero ahora os amo mas, os amo con vuestra muger é hijos.

CAPITULO VI.

CONCLUSION.

La felicidad de Crabbe duró todavía ocho años, al cabo de los cuales volvieron á repetirse las pruebas que le habian afligido al principio de su carrera.

La salud de mistress Crabbe fué debilitándose, y su marido llegó á concebir serios temores. Salía poco y no veía ya mas que á un corto número de amigos íntimos entre los que se distinguían los dos hermanos Dudley y el reverendo Ricardo Turner, en quien encontró no solo el mas amable de los hombres, sino tambien un crítico juicioso. Se encontró tambien algunas veces en casa de Mr. Nort con los wighs mas distinguidos de la época. Allí le reconoció Fox, que hacia largo tiempo que no le veía, en el momento de sentarse á la mesa, le dispensó la mas cordial acogida, y le dijo afectuosamente cuando pasaban desde el salon al comedor: «Ah Mr. Crabbe! si os hubieran hecho justicia nos habriais aventajado á todos.» Por la noche le hizo la obsequiosa oferta de leerle los manuscritos que pensaba imprimir.

Mistress Crabbe murió á fines del año 1815: por muy penoso que fuese para el poeta el mal estado de salud de su esposa, sintió un dolor tan violento por aquella pérdida, que pareció tan aterrado como si le hubiese acaecido una desgracia imprevista. Cayó enfermo y pedía sin cesar que dejasen abierto el sepulcro de su querida Sara para que le recibiese tambien á él. Los cuidados que le prodigaba su familia le hicieron recobrar poco á poco las fuerzas y el ánimo; pero ya no se dedicó á sus habituales ocupaciones. Su jardin, que tanto amaba, ya no tenia atractivo alguno á sus ojos: sentía una mudanza indefinible en todo su ser. En aquella época quedó vacante el hermoso curato de Trowbridge: el hijo del duque de Rutland, que habia heredado de su padre un grande afecto al poeta, sabiendo cuanto habia sufrido Crabbe en los lugares en donde habia sido feliz, le ofreció al momento aquella prebenda, que Crabbe aceptó sin titubear.

Bien pronto conoció este que su salud deteriorada ya hacia largo tiempo, se iba debilitando cada dia mas. Los dolorosos ataques que experimentaba desde el fallecimiento de su esposa, se hicieron mucho mas frecuentes desde 1822 á 1831. El 7 de enero de este último año, escribió á su hijo la carta siguiente:

«Voy cayendo en la languidez y la inercia: este estado me desespera y me cuesta mucho resignarme á él. Conozco muy bien que es una enfermedad de la edad: la vejez hace en mí progresos inconcebibles: no puedo contenerlos: la cruel ataca sobre todo á mi memoria... Sin embargo, doy gracias á Dios de no sufrir mas... Tengo en la garganta un dolor que me impide rezar en voz alta antes de desayunarme; pero despues de esta comida lo restante del dia me incomoda poco. No creas, sin embargo, que esta debilidad de mis facultades, es una enfermedad pronunciada... No estoy malo!... Como el rey Lear, soy un pobre viejo loco, con la diferencia de que no tengo una hija que me atormente: vosotros todos sois buenos para mí.»

Crabbe se tranquilizaba en vano; un reuma violento acabó de trastornar su constitucion minada por la edad y las enfermedades: algunas semanas despues de haber es-

crito la carta que acabamos de citar, pasó muchos días con agudos dolores y exhaló su último suspiro en los brazos de sus hijos.

Al saber su muerte cerraron todas las tiendas en la población, y el vecindario entero de Trowbridge, dió muestras inequívocas de su sentimiento. Noventa de los principales habitantes asistieron á sus funerales y acompañaron sus restos mortales hasta su última morada. La tristeza retratada en los semblantes, el sentimiento altamente manifestado por una multitud afligida, la solemnidad imponente de la ceremonia que realzaban con su presencia las personas mas graves, todo concurrió á prestar el mas brillante homenaje al doble carácter de hombre de bien y de hombre de talento.

Para concluir la pintura de uno de los mayores poetas de Inglaterra, he aquí el retrato que de él ha hecho lord Byron, que fué á visitarle con sir Tomás Moore, autor del poema *Amores de los Angeles*.

«La primera vez que vi á Crabbe, dice, fué en Holland House, en donde él, Tomás Moore y yo, pasamos una buena parte de la mañana en el parque y la biblioteca. Nuestra conversacion giró sobre diferentes asuntos. Se manifestó partidario celoso de Fielding y yo tomé la defensa de Smollett. Sostenia su opinion con una dulzura encantadora, sin que sus argumentos perdiesen nada de su fuerza. En cuanto á las bagatelas de la conversacion, encontré en él menos facilidad que la que me habian hecho suponer sus variados conocimientos. Me dijo: he perdido la felicidad desde la muerte de mi esposa. «Caballero, le contesté, el hombre de costumbres dulces y puras, y cuya conversacion cautiva y escita el interés, no puede ser completamente desgraciado.» Moore nos dejó y le reemplazó Foscolo. ¡Qué contraste entre Crabbe y él! son dos hombres superiores; pero me pareció que tenia á mi lado una catarata atronadora, y al otro un apacible riachuelo.»

ENRIQUE BERTHOUD.

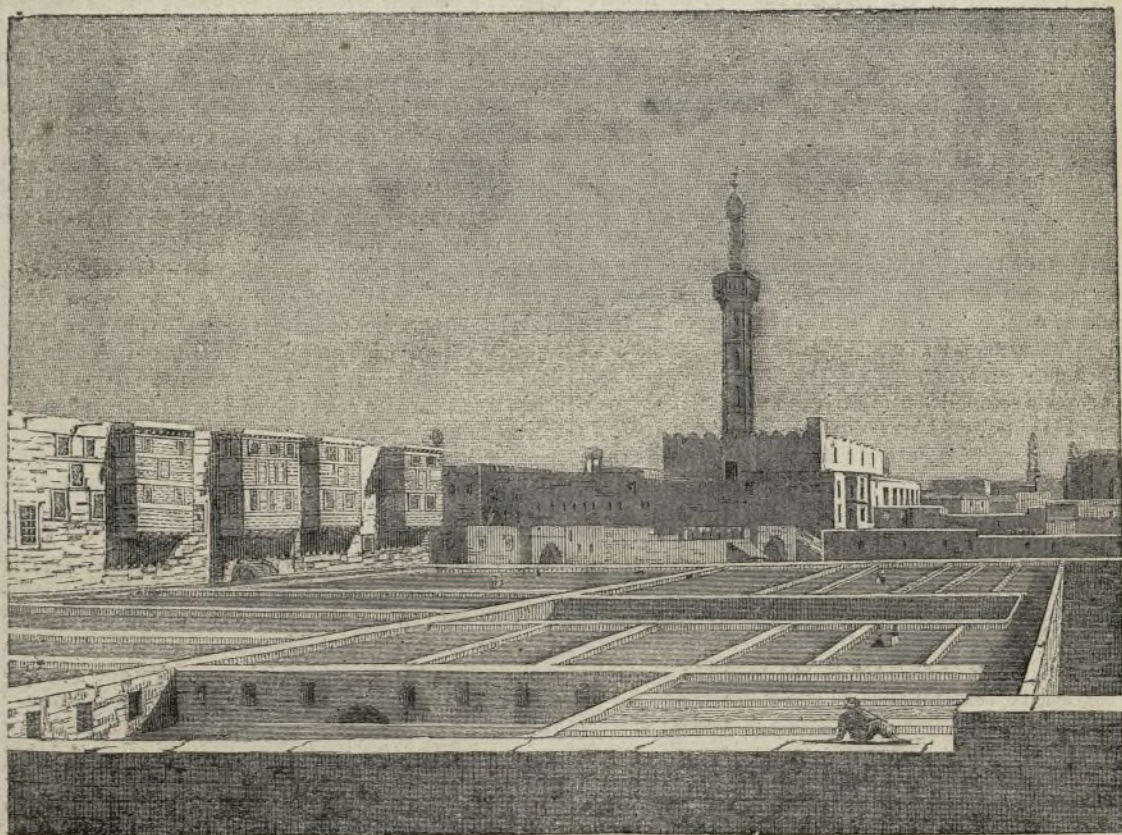
GEOGRAFIA PINTORESCA UNIVERSAL.

ALEMANIA.



Vista del castillo de Johannisberg en el ducado de Nassau.

ESTUDIOS DE VIAGES.



Vista de Alejandria.

ALEJANDRIA.

Si tuviésemos el privilegio de idealizar nuestras impresiones como los viajeros poetas, que á ejemplo de Dumas y Lamartine han immortalizado en pintoresco estilo las falsas y exageradas relaciones del Oriente que pueden desear los aficionados á maravillas; si tuviésemos además la fácil percepción y riqueza de colorido con que el genio embellece y clasifica todo lo creado, presentándolo á los ojos de la multitud con un aparato fastuoso de bellezas que seduce siempre, aun cuando en muchos casos engaña por la fuerza misma de su impropia brillantez: si nos hubiésemos dejado llevar en nuestros viajes por la imaginación y los recuerdos, mas bien que por los objetos que se iban apareciendo á nuestra vista con su repugnante ó gloriosa desnudez, fácil hubiera sido que el demonio de la tentación nos hubiese despertado también el deseo de improvisar alguna de esas magníficas mentiras que divulga la prensa por boca de

TOMO IX.

grandes escritores, como si su comprobación no hubiese de ser la mas bárbara de las decepciones que puede sufrir, por ejemplo, un alma tan enemiga de arrebatos anacreónticos como la nuestra. Hubiéramos dicho tal vez, robando á Lamartine su harpa encantadora, que las pirámides con sus gigantes moles de granito y el Nilo con su tranquila mansedumbre y sus arenas de oro, guardaban con el secreto de la creación de las razas primitivas, toda la magia de los misterios gentilicos de las primeras edades del mundo.

No diremos tanto, en verdad, ni tan bueno como los trovadores novísimos que hacen descender la magestad de los cielos á la altura de sus anteojos, ni haremos tampoco lo que esa otra familia de transeúntes en locomotiva, que apuntan por millares sus impresiones arrancadas al estrépito atronador de una velocidad de 30 millas por minuto.

Estamos todavía en el Cairo, y antes de subir á bordo del vapor Roseta, para navegar por el Nilo 420 millas de áridas, tristes y desoladas costas, queremos suplicar á

nuestros lectores que nos sigan por tierra seis millas mas de camino, si gustan ver sin el atavio de la decoración poética, lo que son las célebres pirámides de Egipto, donde es fama que Alejandro, en los tiempos de la civilizada barbarie, y Napoleon en los de la cultura incivilizada, escribieron sus nombres á guisa de conquistadores filántropos, nombres, que dicho sea en puridad de verdad, no hemos tenido la dicha de ver escritos, sin embargo de nuestras diligentes y minuciosas pesquisas.

Todos ignoran la época en que fueron levantadas las famosas pirámides que el mundo admira en su inmensidad; no hay nadie en Egipto que sepa el destino de unas construcciones tan gigantescas, ni ha podido descubrirse jamás quiénes fueron los hombres, por qué medios y de qué puntos se estrajeron, llevaron y colocaron en la forma que hoy se encuentran, unos sillares de granito de diez y ocho á veinte pies de longitud, de una sola pieza. Cuanto han escrito sobre el particular los orientalistas modernos, y alguno que otro autor distinguido debe considerarse como fabuloso, en atención á que no existe ningun dato auténtico, monumental ó tradicional que haga referencia á los hechos anteriores.

Admitido este corto, pero verídico preámbulo, acerquémonos á la entrada del gran desierto, donde á manera de centinelas inmortales se encuentran aquellas imponentes páginas de piedra de la historia del mundo, y tal vez en lo que digamos de su magestuosa rudeza y sus misterios hallen lo que desean los aficionados á viajes.

Vistas las pirámides de Egipto á la distancia de tres ó cuatro leguas, iluminadas por las brillantes tintas que suministra en gradaciones la claridad de la atmósfera tienen el encanto, la esbeltez y el atractivo ideal que uno sueña cuando oye hablar de ellas por la vez primera: la poesía se engrandece con la ilusión del panorama material y el alma goza en perspectiva. Pero cuando el viajero se acerca á doscientos pasos de aquellas masas de piedra, cuyo destino aparente no se concibe, por mas concesiones que quieran hacerse al orgullo desapoderado y necio de los soberanos antiguos, la ilusión desciende poco á poco al terreno de la prosa, se estinguen los recuerdos tan apreciados del alma, y llega á figurarse el extranjero que en vez de la maravilla de los hombres, solo existe en aquel cúmulo de piedras, amontonadas unas sobre otras, uno de los resultados mas comunes producido por las catástrofes del diluvio. No ha sido, sin embargo, el diluvio el autor de las pirámides, y el corazón se oprime de pensar que hubiera hombres capaces de emprender una obra tan monstruosa como inútil, que requiere los productos de una generación, la vida de un pueblo entero y una constancia heroica, que no es por desgracia patrimonio de los mortales.

Herodoto dice, refiriéndose á unos sacerdotes egipcios, que la pirámide mayor llamada *Cheops*, fué construida para sepulcro de un rey del mismo nombre: que cien mil trabajadores estuvieron ocupados en ella por espacio de veinte años, y que no siendo suficientes los recursos del monarca, ni los de su pueblo para terminar aquel monumento, obra del orgullo, se vió precisado á prostituir á una hija suya con escándalo de las edades futuras. Esta pirámide se compone de grandes sillares de granito, estraidos, segun dicen, de las canteras de Torrah (*Troya*), los cuales por su

abundancia y proximidad á las capitales de Egipto, *Menfis* *Fosthat* y el *Cairo*, fueron beneficiados en tiempo de los Pharaones, de los persas, de los Lagides y de los romanos. La masa de la piedra mayor está calculada en ochenta y seis millones de arrobas: todas se ajustan con grande adhesión unas á otras y se elevan á manera de gradas, siguiendo la forma cuadrada de la pirámide. Esta circunstancia convida á verificar ascensiones peligrosas que los viajeros no rehusan á la vista de los árabes, aun cuando no sea mas que por el vano deseo de escribir su nombre donde otros lo han puesto con riesgo de su vida.

La altura de la pirámide de *Cheops*, que segun el cálculo equivocado de Gemelli, hubiera sido de 520 pies, ó de 480, segun Savarry, y de 430 segun Richardson, solo tiene 428 pies, tres pulgadas y dos líneas, conforme con las observaciones de los señores Chabrol y Jomard, que son los que han hecho las mas sábias y eruditas investigaciones sobre el Egipto. La entrada de esta pirámide se encuentra á unos 60 pies de la base y se halla obstruida en cierto modo por dos grandes pedruscos de granito, que en lo antiguo tal vez servirían para su defensa. En lo interior hay dos cavidades oscuras, llenas de piedras, á las que llaman salas, cuyas paredes son tambien de granito, y están cubiertas de nombres é inscripciones modernas. La mayor, llamada, no se sabe por quién, *Cámara de la reina*, contiene un enorme fragmento de granito que la ilusión de muchos pasajeros ha dado en llamar sarcófago, no teniendo, como no tiene, ninguna semejanza con los *hypogeos* de Tebas, *Menfis* y *Antinoe*, de los cuales se sabe al menos que sirvieron para la inhumación de reyes y magnates del antiguo Egipto. Esta verdad es tan cierta, que habiendo logrado Belzoni penetrar en nuestros días en la segunda pirámide llamada *Chephrenes*, dice que encontró en la sala principal que ocupa el centro la inscripción que pusieron los árabes que la visitaron en la edad media, y un inmenso sarcófago con huesos, que se reconoció haber pertenecido á una res vacuna. ¿Sirvieron acaso las pirámides de morada sepulcral á los restos del buey Apis? Y en el caso de que la presunción de los orientalistas fuese verdadera, ¿quiénes fueron los monarcas inhumados en tan colosales mausoleos? Esto es lo que no saben ni Rosellini, ni el mismo Mr. Champollion, á pesar de la maña que se han dado en descifrar todo lo indescifrable de los monumentos egipcios. Herodoto, que estudió en Heliópolis con Platon y Eudoxio las ciencias y misterios de los egipcios, afirma que en la pirámide *Chephrenes* no hay entrada ni sala alguna interior; sin embargo, Belzoni ha penetrado en ella, y él solo puede saber por donde.

La tercera pirámide llamada *Mycerines* es mucho menor que las anteriores, aunque debió escenderlas en hermosura, si es cierto que estuvo cubierta en lo antiguo de mármoles de Tebaida, que arrancaron los árabes para adornar otros monumentos.

La cuarta pirámide es tan insignificante, que no se vé á larga distancia, y se confunde con los obeliscos y *túmulos* mas pequeños.

Junto á la pirámide *Cheops* hay una esfinge gigantesca, que tiene, segun Plinio, 443 pies de elevación. Muchos siglos estuvo cubierta casi del todo de arena, mostrando solamente el cuello y la cabeza, como se vé en el grabado que acompañamos á este artículo. hasta que el

activo Mr. Caviglia logró descubrirla por la parte anterior. Con este motivo asegura que ha descubierto y leído sobre el dedo segundo de la mano izquierda, una inscripción en versos griegos, firmada por Arriano. Este descubrimiento interesante podrá ser tan cierto como otros de que habla la *Historia monumental de Egipto*, publicada en Londres en 1843, ó como las cronologías dinásticas de Maneton y Eratóstenes, que ahora salimos con que son apócrifas, y aun si se quiere, como la piedra de Abydos, hallada en 1818 por Mr. Banks, é interpretada por Mr. Champollion en su carta segunda sobre el museo de Turin, con el título de *Tabla cronológica de los antiguos Pharaones*. Nosotros podremos asegurar, como legos que somos en arqueología, que necesitamos ver para creer, y que no hemos visto la inscripción griega de la esfinge, ni otras muchas cosas que nos dijeron que halláramos en sus inmediaciones.

No diremos tampoco en un arrebato de entusiasmo artístico lo que asegura Mr. Denon en las palabras siguientes: «A pesar, dice, de que las proporciones de la esfinge son colosales, los contornos que se conservan son tan sencillos como puros: la espresion de la cabeza es dulce, graciosa y tranquila, su carácter es africano, y la boca, cuyos labios son muy tímidos, tiene una morbidez en el movimiento y una finura en la ejecucion verdaderamente admirables. Cuando se hizo semejante monumento el arte se hallaba sin duda en un alto grado de perfeccion. Si falta á la cabeza lo que se ha convenido en llamar estilo, es decir, las formas rectas y nobles que los griegos dieron á sus divinidades, no se ha hecho justicia ni á la sencillez ni al rasgo grande y dulce de la naturaleza que debe admirarse en toda esta figura, ni menos á lo perfecto de su ejecucion, que es aun mas sorprendente.»

Pero volviendo á las pirámides de Egipto, diremos que es tan fatigosa, tan incómoda y desagradable la impresion que sufre el viagero en sus llamadas *Cámaras sepulcrales*, que en seguida de visitarlas, anhela respirar de nuevo el aire abrasado del desierto, lo cual no puede conseguir á veces sin dejar entre las peñas algun trozo importante de su vestido.

Es indudable que las pirámides de Egipto son los monumentos mas imponentes del mundo, y que su construccion se refiere á una época anterior á las edades históricas. Esto es lo que se sabe de positivo; en lo demas la presuncion no va tampoco del todo descaminada, puesto que en la Nubia, en la Abisinia y en el alto y bajo Egipto existen otras muchas pirámides y *tumuli* de ladrillo, descubiertos algunos de ellos entre la arena, y en cuyo interior se han hallado momias perfectamente conservadas. La analogía de construccion ha podido dar apoyo á las conjeturas de los sábios, pero entretanto que no se descubra algun hecho mas auténtico, es imposible decir otra cosa de las famosas pirámides de Gizeh, sino que son unos monumentos de elevada grandeza, por medio de los cuales el Egipto, cuna de la civilizacion del mundo, supo grabar sobre el globo, en el sentido mas literal y perfecto los recuerdos de su gloria y poderio.

En los tiempos modernos han sido visitadas las pirámides por una multitud de eruditos de todos los paises, y puede asegurarse, como queda dicho, que de nada han servido para la ciencia sus curiosas investigaciones.

Después de la batalla de las Pirámides que inauguró

tan gloriosamente para el ejército francés la conquista del Egipto, quiso ver su joven general Bonaparte el interior de aquellos elevados monumentos, de lo alto de los cuales, segun su sublime espresion, cuarenta siglos acababan de contemplar la destruccion de los mamelucos y la ruina del imperio de los Pharaones. Como del pensamiento á la ejecucion no habia mas que un paso para Bonaparte, y sus visitas á las pirámides forma época en los anales egipcios, vamos á tratar de describirla, tal y como se conserva en la memoria de los fanáticos sectarios de Mahoma.

El 23 thermidor del año VI (12 de agosto de 1798) un batallon de granaderos y una compañía de guías, recibieron la orden de ir á establecerse al amanecer en las llanuras de la pequeña ciudad de Gizeh, junto á la cual se elevan las famosas pirámides. A las ocho de la mañana, Bonaparte montó á caballo y salió del Cairo acompañado de su estado mayor, de un iman ó sacerdote egipcio, llamado Muhamed y de los sábios incorporados á la expedicion, entre los que se hallaban Monge, Berthollet, Dupuy, Leblond, Rigo, Ventura, etc., etc. La distinguida caravana tomó el camino de las pirámides, y habiendo llegado enfrente de la principal, llamada *Cheops*, todos echaron pie á tierra. Bonaparte se dirigió á la entrada de la citada pirámide precedido de seis guías con antorchas y de algunos granaderos de la escolta que le seguian á alguna distancia con el resto de la comitiva.

Es fama que por espacio de una hora Bonaparte y sus compañeros anduvieron recorriendo el laberinto inesplicable de esta inmensa catacumba, deteniéndose ante los infinitos geroglíficos grabados en las paredes, con el objeto de descifrar sin duda su sentido enigmático. Rigo dibujaba en un album los bajos relieves que le parecian mas interesantes, Dupuy sondaba el terreno con un azadon, consultaba las capas de tierra, y fijaba su atencion en los mármoles y metales que encontraba á su paso. De esta suerte recorrieron todos los departamentos funerarios de la gran pirámide, conocidos por *La cámara del rey* y *La cámara de la reina*, cuando Bonaparte se detuvo de repente ante una inmensa puerta de bronce que cerraba el extremo de una galería.

—Iman, ¿dónde conduce esta puerta? preguntó á su guía.

El iman sin responder directamente á la pregunta, declaró por medio de su intérprete que no pasaria mas adelante.

—¿Por qué? replicó Bonaparte.

—Señor, contestó el iman, porque esta puerta no se ha abierto desde la conquista de Alejandria mas que una sola vez bajo la dominacion romana.

—Eso no me importa nada, insistió Bonaparte: quiero saber adonde conduce esta puerta: responde.

—Señor, esta puerta conduce al sepulcro del gran Pharaon *Allah-Achem*, esto es, querido de Dios, respondió el iman; ninguna mirada profana ha contemplado su rostro venerable, mas que Alejandro el Grande y el general de los ejércitos romanos, llamado César. Los beneficios que *Allah-Achem* derramó sobre el Egipto hace mas de 3.600 años, defienden su memoria y su tumba de toda especie de contacto con aquellos que no adoran al mismo dios que Pharaon.

—Iman, replicó el general con acento inspirado, yo he

venido á Egipto á restablecer el solio de *Allah-Achem*, y Dios me permite visitar la tumba del sol de los *Pharaones*. Y Bonaparte tomó de manos de un soldado una antorcha, dirigiendo al iman una de esas miradas de fuego que ordenan la obediencia. Subyugado por la voluntad imperiosa del general, el iman descubrió un resorte que estaba oculto en la arena y abrió la puerta, que dejó ver un camino tenebroso, donde la oscuridad era todavía mas profunda que en las restantes cavidades de la pirámide. Bonaparte se lanzó, como otro *Curtius*, en aquel golfo terrible, y bien pronto desapareció en las sombras con el iman y el intérprete.

Después de un cuarto de hora de camino subterráneo por galerías impracticables, llegaron los tres huéspedes de las tinieblas, sin haber proferido una palabra, á una inmensa cámara sepulcral, cuyas paredes de mármol y de pórfido resplandecían lúgubramente á la luz de la antorcha que llevaba el iman. Un espectáculo magnífico, de los que la imaginación no puede representarse ni aun con la lectura de las *Mil y una noches*; hirió los ojos asombrados de Bonaparte y de su intérprete.

Tendida sobre un túmulo de cedro, petrificado ya por el tiempo, dormía el sueño de la eternidad la momia del gran *Sesostris*: las fajas que rodeaban su cuerpo estaban cubiertas de planchas de oro: sus sienes ceñían la corona de los *Pharaones*, y sobre su pecho descansaba la espada que había dominado á tantos pueblos diferentes. Veinte y cuatro pebeteros de bronce, distribuidos por los costados del catafalco ostentaban aun sus bruñidas labores, y destacándose de las paredes de la morada fúnebre, aparecían mas de cien atahúdes, provistos cada cual de su correspondiente momia. Esta corte silenciosa del gran rey se componía de sus ministros, de sus mugeres y de sus capitanes mas afamados. Cada ataud tenía pintados en el frente los atributos de su huésped: en los de las mugeres había palomas y yeguas, en señal de fecundidad; en los de los ministros había arados y tántalos (4), y en los de los guerreros leones y trompetas. Las estatuas de Isis y de Osiris, de tamaño colosal, estaban puestas sobre pedestales, dominando aquellos atavíos de la muerte. Muchos trofeos de armas y de sables medos, de arcos y flechas asirias pendían de las paredes junto á las banderas reales, sepultadas para siempre en el polvo de la nada.

Bonaparte contempló en silencio algunos instantes aquella pompa mortuoria, aquellos vestigios sagrados de una gloria olvidada hacia cuatro mil años, y dirigiendo su mano sobre el cuerpo de *Sesostris*:

—Pharaon, dijo, el Egipto saldrá de su esclavitud: yo soy el que viene á elevarlo al rango de las naciones de la tierra.

Y pronunciando estas palabras, que el tiempo se encargó, por desgracia, de desmentir, los tres interlocutores misteriosos volvieron á perderse en el laberinto de la pirámide *Cheops*, para salir á respirar otra vez el aire de los vivos.

Así cuenta la tradición árabe la visita que hizo Bonaparte á las pirámides de Egipto. El lector podrá, según sus gustos, creer de ella lo que mas le acomode.

(1) Ave célebre de Egipto que devora las serpientes: es algo parecida á la cigüeña.

Comenzamos á escribir sin plan el siguiente artículo, y si Dios no lo remedia, vamos á acabar del mismo modo. Suplicamos á los que nos reconvenzan ya por esta falta y tengan impaciencia por llegar á Alejandría, que se embarquen con nosotros en el vapor *Roseta*, y la vista del Nilo tal vez les distraiga de las pesadumbres de mi narración.

El Nilo, *rio blanco ó Bahr-el-Abiar*, como lo llaman los árabes, es el que tiene la preferencia entre todos los rios conocidos, si no por su magnitud, á lo menos por su antigüedad en la memoria de los hombres y por el efecto benéfico de sus aguas. Los egipcios, dice un escritor de talento, se han gloriado siempre con la posesión de un rio al que puede decirse que deben su existencia. Efectivamente, los que habitan las regiones por donde pasa el Nilo hallan en este rio su riqueza y felicidad, y privados por una sola vez de sus aguas, millones de personas, cuya subsistencia depende de la inundación, perecerían indudablemente. Atravesando mas de seiscientas leguas por un terreno infructuoso, queda este convertido en tierra de labor por medio de su providente inundación.

El Nilo principia á crecer por lo regular el 17 de junio de cada año, y sigue creciendo de dos á cuatro pulgadas por día, llegando á su mayor altura á mediados de setiembre. Algunos escritores aseguran que la creciente mayor se verifica en agosto; pero esta divergencia puede atribuirse á la manera de computar el tiempo: por otra parte, no debe suponerse que el crecimiento del Nilo se halla sujeto á reglas matemáticas, sino á la mayor ó menor oportunidad de la lluvia tropical, que es la causa manifiesta de la inundación.

El 17 de junio se celebra en el almanaque de los coptos (1) la fiesta de San Miguel, y esta singular coincidencia ha dado origen á la fábula religiosa de que San Miguel derramaba en aquel día en el Nilo una gota de un liquido tan fermentante, que hace desbordar las aguas. Por esta razon llaman los coptos al día 17 de junio *Nocta*, que en su lengua quiere decir gota.

Junto al Cairo viejo hay una mezquita, en la que se encuentra un pozo cuadrado con un pilar octágono de granito dividido en dígitos, ó líneas distantes una pulgada una de otra. Este monumento es el famoso *Nilómetro*: el agua del rio penetra en aquel pozo por un canal subterráneo, y por la ley del nivel muestra la altura de la superficie de las aguas.

No puede darse en el mundo una agua mas dulce ni saludable que la del Nilo durante su inundación: llenos los albiges de esta agua, puesta en odres ó en tanques de fierro, como se encuentra en el desierto, no se corrompe jamás, y aunque los plantíos de arroz son tan grandes en las regiones del rio, y por consiguiente, el agua estancada en los campos es tan inmensa, no se conocen tereñanas ni otras enfermedades causadas por los efluvios de las aguas pútridas. En Egipto no hay mas que una enfermedad peligrosa, la de los ojos; pero esta es tan general que ataca á todas

(1) Los coptos son descendientes de los antiguos egipcios. Desde que se introdujo el islamismo en Egipto, su lengua fué poco á poco reemplazándose por la árabe, hasta que se extinguió completamente á mediados del siglo XVII. Al presente son muy pocos los coptos; de manera, que según Mr. Scolz, no existen en todo Egipto mas que ochenta mil. Bajo el aspecto del idioma deben ser considerados como árabes y como una rama de la familia semítica.



las clases (lo que no sucede con el bubon que ataca solamente á los pobres), y se atribuye al syrocos, aire inflamado del desierto, degeneracion del terrible simou.

Mr. Torrassizza y Mr. Boreani pretenden que las arenas del Nilo están mezcladas con particulas de oro; con este motivo dice el segundo escritor, que examinadas con toda escrupulosidad dichas arenas, contienen una capa de arcilla de dos y tres pies de espesor, mezcladas con menudas piedrecitas, de las que los indigenas sacan el oro: añade, que se han hecho repetidos esperimentos sobre las diferentes tierras de aquellas localidades, y se ha reconocido que las referidas capas eran las mas ricas.

Aristóteles, Anaxágoras, Arquímedes y Herodoto, que escribió 400 años antes de Jesucristo, han tratado de explicar con razones físicas la causa de la inundacion del Nilo, que no era por cierto desconocida de los primeros egipcios. Este hecho prueba evidentemente que la luz de la civilizacion y de la ciencia no ha resplandecido nunca tanto, ni tan en provecho del género humano, como en las que nuestros sábios del siglo XIX llaman *edades fabulosas* del mundo. ¿Qué saben del mundo ni de sus verdaderas ó falsas edades los hombres, que sin salir jamás de su gabinete pretenden hallarse informados de la geografia, geologia y meteorologia de todo el globo? ¿Es posible escribir sin hacer demostraciones? Y bajo este punto de vista ¿son suficientes las cartas, derroteros y descubrimientos exagerados que á cada paso brota la prensa? Decimos esto, porque los monumentos mas grandiosos que se encuentran en Egipto corresponden á las edades bárbaras, llamadas fabulosas, á esas edades, cuya ilustracion pasó primero á Grecia, despues á Roma y luego á nosotros; no debiendo ser á la verdad, ni tan ruda, ni tan profunda la barbarie de dichas edades, cuando la física, la mecánica, la industria y las artes todas se hallaban entonces en un grado de esplendor que no alcanzan los modernos. ¿Conoce alguno por ventura la clase de trasportes que se emplearon para la conduccion á largas distancias por el desierto, de los inmensos obeliscos de granito, que tienen de 60 á 400 pies de elevacion? Es alguno capaz de fabricar en el dia instrumentos de cobre ó hierro que corten el granito y lo esculpan y modelen

en figuras de dimensiones colosales, como se observa en la *calle de Esfinges*, de Luxor y Karnak, que cuenta mas de 600 en un radio de 7,882 pies castellanos? Preciso es declararse vencido á la vista de tales prodigios, y confesar que las maravillas mas grandes de la civilizacion moderna, no son mas que miserables trasuntos de la gran civilizacion pertenecientes á las edades primitivas.

Las orillas del Nilo en las inmediaciones del Cairo, son amenas y pintorescas; mas á medida que uno avanza rio abajo, impelido por la corriente y por la fuerza locomotiva de los vapores egipcios, vá encontrando unas márgenes desoladas, unos campos infecundos y una despoblacion general que aflige y contrista el ánimo del viagero. Todas las ciudades antiguas de la region del Nilo han desaparecido. Menfis no existe. Luxor, Heliópolis, Latópolis, Antinoe, Artemidos y Ptolemais se han hundido en el polvo: en su lugar solo se ven algunas chozas de barro y paja, dispersas ó amontonadas en forma de rñcheria; varios minaretes que todavia ostentan en el espacio sus delgadas agujas, y algun obelisco ó fragmento de pirámide, de los que la furia asoladora de las conquistas ha dejado en pie por inútil. Entre tanto surca el vapor la corriente con una velocidad de doce millas por hora, y al viagero que marcha sobre el castillo de popa con la memoria henchida de recuerdos y el corazon ávido de emociones, no le queda otro recurso para templar su desconsuelo, que fijar la vista en las aves que vuelan por los aires, en las recuas de camellos que caminan por tierra, en las colinas coronadas de barracas de aspecto fúnebre, en algun ginete egipcio, que envuelto en su albornoz, galopa sobre un caballo de raza pura del desierto y en los infinitos barcos árabes que cruzan el rio en todas direcciones, sirviendo á la vez de puentes y trasportes. De esta suerte, y á las pocas horas de haber salido del Cairo se llega á la ciudad de Fouah, célebre por su fábrica de gorros encarnados, llamados *tarbouchs*, y luego á Afté, en la orilla izquierda del antiguo ramal *bolbitinico* de Roseta, con una ilusion menos en el alma y un desengaño mas en el corazon.

(Se concluirá.)

GLORIAS DE ESPAÑA.

LA PRIMERA EDAD.

I.

La antigüedad colocó en la Iberia el paraíso de la tierra, porque en ninguna parte del mundo se manifestó aquella mas fértil, lozana y risueña, al salir de manos del Supremo Hacedor. La primavera y el otoño, estas dos gratas estaciones del año, hicieron perpétua alianza para reinar fraternalmente, en un país, donde se habian de realizar las mágicas delicias de la edad de oro, en el que un céfiro suave templaba los rigores del estio, y en el que nunca se precipitan con estrago los impetuosos aquilones. En este fértil territorio, de-

fendido por la misma naturaleza, ya con los mares que bañan sus costas, ya con las elevadas cumbres de las rocas primitivas, vinieron á establecerse, incitados por la pureza del aire y la benignidad del clima, los descendientes de Tubal, primeros pobladores de la Iberia.

Feliz esta y rica por sí sola, podía pasarse sin el auxilio de otras naciones cuya existencia no sospechaba. Sus valles, sus campiñas y sus praderas bañadas por caudalosos rios ó por frescos arroyuelos, producian cuanto era necesario para sustento y comodidad de los naturales, en dorados granos, vinos exquisitos, frutas delicadas, y cuantas producciones constituyen los goces de la vida. Célebres fueron siempre la regalada pesca de sus costas y la finísima lana de sus rebaños tan codiciados por las demas naciones. Los inmensos

tesoros encerrados en sus montañas en piedras finas y variadas, en metales útiles, y sobre todo las abundantes minas de oro y plata, no eran mas que dones magníficos que habian de pasar á enriquecer á los rivales de la España, y que entonces sus naturales despreciaban con soberano desden.

Contentos é independientes los primitivos iberos solo contaban entre sus bienes y miraban como verdadera riqueza, lo que les era indispensable para atender á sus primeras necesidades. La agricultura y la ganadería eran sus ocupaciones predilectas, desconociendo aquellas frívolas artes que inventó el lujo y sostiene la vanidad. Regidos por el patriarcal sistema de familia, sin que la moderacion en los deseos y la abundancia de bienes naturales obligasen á marcar derecho de propiedad, vivian libres é iguales entre sí en aquella paz primitiva é inocencia que despues no han vuelto á reinar en el mundo. Teniendo en su país todo cuanto era necesario y cuanto era útil, ni se les habia ocurrido la idea de pasar á otro distinto, ni tampoco podian concebir, que osados advenedizos, á costa de mil peligros, viniesen por las aguas desde remotas tierras á caer sobre sus dilatadas costas. No estaba, sin embargo, lejano el momento en que los extranjeros invadiesen con cautela el territorio español, y se estendiesen traidoramente por sus fértiles campos, sin mas custodia que la buena fé, para establecer en ellos su dominio.

II.

Entre estas deliciosas costas de España, hay unas, las de la Bética, en las que la naturaleza derramó sus dones con mas liberalidad y en las que el clima es todavia mas apacible y mas templado. A este privilegiado país hace alusion el mas célebre poeta de la antigüedad cuando dice: «Los inmortales te conducirán vivo á los confines de la tierra, donde los humanos pasan sin interrupcion dias afortunados, donde no se conocen nieves, ni hielos, donde las lluvias no enturbian la serenidad de los cielos, sino que el dulce hálito de los céfiros que envia el mar, trae eternamente con ligero murmullo la frescura mas deliciosa.»

En el fondo de un anchuroso seno que estas costas formaban y en el suave declive de una colina que venia á terminar en las mismas olas del Mediterráneo, vivian felices y tranquilas algunas familias de los primeros pobladores de la Península, las que estrechamente unidas, disfrutaban de continuo los placeres campestres y se abandonaban con todos sus sentidos á las felicidades que el cielo y la tierra les prometian en aquel delicioso paisaje. Allí abundaban los vegetales, desde el diminuto musgo que entapiza las concavidades de las rocas hasta los gigantescos árboles que elevan sus estensas ramas hácia el cielo, en las que venian á reposar aves de pintados colores que animaban el paisaje con sus cánticos, mientras que las ligeras mariposas y los insectos mas caprichosos reposaban con placer en las corolas de las flores que esmaltaban la pradera y que mecidas por los vientos enviaban sus perfumes á distancias considerables. Mil veces los habitantes de esta tierra virgen habian contemplado desde la costa ó desde los avanzados promontorios la inmensidad de las olas del mar, ya serenas y transparentes, ya agitadas por la borrasca, y jamás se les habia ocurrido que hubiese otro mundo mas allá, ni que seres de su misma especie pudieran venir á vi-

sitarlos conducidos sobre la movable superficie de las aguas. Mas he aquí que una hermosa mañana en que la atmósfera estaba tranquila y serena, y en que el sol que brillaba en el despejado cielo, hacia tomar un vislumbre dorado á la estremidad de las olas que se perdian en maravillosa lontananza, uno de los habitantes, al perder su mirada en aquella estension inmensurable, alcanzó á distinguir una cosa blanca, semejante á una nubecilla que corriese por el lejano horizonte. Lleno de asombro hizo una seña y todos dirigieron sus miradas en silencio hácia el punto que él les indicaba. La nubecilla parecia ya como el ala blanca de un cisne que se elevase sobre la superficie del mar. Conforme se la veia venir, iban apareciendo mas claros todos sus detalles, y en breve se conoció que aquella era una extraña y poderosa máquina que se balanceaba mansamente sobre las aguas, desplegando en el aire sus alas, que tal les parecian las blancas y movibles velas sostenidas por una ligera arboladura.

Los habitantes de la costa, que aun no habian visto una nave de alto bordo, se sorprenden y aun se alteran algun tanto al observar que aquella máquina viene llena de hombres armados; pero de todos modos los esperan con impaciencia. La nave llega á la costa y saltan en ella muchos hombres en cuyos rostros magestuosos y en cuyos ademanes se descubre el deseo de agrandar y de inspirar confianza á los españoles. Estos con su natural buena fé deponen pronto todo recelo, y prendados de todo lo maravilloso que en si ofrecen aquellos extranjeros, los acogen con la mayor cordialidad y les dejan recorrer el territorio. En breve se truecan dádivas por una y otra parte y se forma una alianza la mas favorable al intento que á los extranjeros alli conducia, sin que los incautos naturales sospechasen las pretensiones de los que aspiraban á dominar en el país bajo las apariencias de un comercio ventajoso.

Los fenicios, pues, como precursores de otros codiciosos extranjeros, una vez fijado el pie en nuestras costas, fueron aumentándose en ellas y estendiéndose, no solo por toda la Bética, sino por el litoral del Mediterráneo, hasta llegar á orillas del Ebro, que con su antiguo nombre de Ibero, dió tambien nombre á la Iberia, y es fama que el rio, personificado en una de esas divinidades benéficas que reverenció la antigüedad, asomó su venerable cabeza sobre las aguas al sentir la aproximacion de los extranjeros y lleno de indignacion, prorumpió en estas palabras:

—¡Oh! España, España, tierra privilegiada por el cielo, ¿por qué la fatalidad ha conducido hasta ti á esos extranjeros insaciables de riquezas? ¡Cuántas guerras vendrán á turbar tu ignorada y apacible existencia! ¡Cuánta sangre vertida y cuantos males en cambio de esas funestas ventajitas con que te brindan! ¡Maldicion á vosotros, codiciosos advenedizos! vuestro escarmiento llegará en breve: sereis dueños, si, del país, mas nunca del ánimo indomable de sus moradores.

III.

En vano la naturaleza separó á la Península ibérica del resto de la tierra, por los profundos mares que la rodean y por las altas montañas que se elevan por la parte del Norte. La fertilidad y la riqueza de este privilegiado país eran tan poderoso incentivo para los codiciosos extranjeros, que



no hubo por aquella primera época nación famosa en el mundo, que no enviase á sus mas atrevidos hijos con el designio de fijarse en nuestro suelo. Los Geriones, Hispalo, Abides, Hércules y otros reyes y héroes cuyos nombres, á pesar de su reputacion de fabulosos, no hay sin embargo quien se atreva á borrar de nuestra historia, no fueron talvez mas que aventureros de esta clase, y de los que precedieron á las expediciones de los celtas, asirios, de los griegos y de los habitantes de Rodas, de todos los cuales se conservan tan vagos detalles y tan oscuras tradiciones. Los fenicios, los primeros que osaron surcar los altos mares sobre un frágil leño, tambien se dirigieron á las costas de Iberia, fijando en la Bética su asiento; invasion la mas seria de todas, y que por mas que fuese tolerada por los incautos naturales, no dejaba de ser el preludio de las funestas invasiones de los cartagineses y de los romanos. En vano los fenicios ocultaron á los demas pueblos de donde sacaban las riquezas que constituian toda su opulencia, porque los demas pueblos envidiosos de su prosperidad llegaron á descubrir que provenia de la España. Los griegos vinieron tambien á recorrer las costas de Levante de la Península y fundaron colonias, particularmente las de Rosas y Denia, aunque despues tuvieron que abandonarlas para fijarse en Marsella. No lejos de Cádiz estaba probablemente la antigua Tarsis, de donde las flotas de Salomon y del rey Hiram volviañ todos los años cargadas de tesoros. Ningunas entre todas las expediciones maritimas son comparables con las de los fenicios, cuyo origen es de la mas remota antigüedad y cuyo esplendor fué debido á la importancia de su comercio y á sus arriesgadas expediciones que llevaron á gran parte de la tierra conocida su afición á las ciencias y á las artes, y tambien los provechosos resultados de algunas invenciones útiles. A pesar de que carecian de aquellos medios que han hecho despues tan segura la navegacion, recorrieron todas las costas del Mediterráneo, incluso las del Africa, y llevados de la fertilidad y belleza de las de la Península Ibérica, avanzaron hasta el estrecho de Gibraltar, establecieron sus colonias en los sitios en que la amenidad del pais les brindaba á ello, y atravesando por último el estrecho, osaron lanzarse á el grande Océano. Fundaron sus colonias y sus templos en la isla de Leon y en Cádiz, que fué despues el principal depósito de su comercio. Llegando á los montes Calpe y Avila y encontrando en sus cimas las pretendidas columnas de Hércules, que no eran otra cosa mas que grandes monumentos ó pilares de piedra erigidos por los naturales á sus dioses tutelares, fijaron en ellos la memorable inscripcion que corresponde en latin al *NON PLUS ULTRA*, con aquella satisfaccion y aquel envanecimiento de quien cree efectivamente haber llegado el primero á fijar su planta en los mas remotos confines del universo conocido.

Muchos siglos despues, y en una época verdaderamente memorable para la España, cuando supo en armas, en letras y en politica dar la ley al mundo, cuando espulsados heroicamente de su suelo los restos de la opresora dominacion que por ocho largos siglos la avasallara, ondeaba el estandarte de la cruz sobre las mezquitas de la media luna, cuando la patria llegó por fin á la deseada unidad politica, unidos los cetros de tan vastas monarquias en la mano de un principe en quien la fortuna quiso eclipsar la fama de los mas famosos conquistadores, entonces los magnánimos hijos de Iberia, despues de haber tremolado su pabellon en las

tres partes del mundo conocido, se lanzaron al inmenso Océano en busca de nuevos mundos que conquistar, y una vez hallados, volvieron, cubierta de laureles la generosa frente, á borrar la antigua inscripcion de las columnas de Hércules, para sustituirla con ese imperecedero *PLUS ULTRA*, blason desde entonces en el escudo de sus armas.

Si, aun habia tierras mas allá: aun habia infinitos pueblos que viniesen á humillarse bajo el poderoso cetro de los monarcas españoles, de quienes se pudo decir con toda verdad que el sol nunca se ponia en sus dilatados dominios; aun habia inmensos paises en que desplegasen todo su valor y poderio los hijos de España, para elevar á su patria al grado de esplendor á que no fué dado llegar á pueblo alguno.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

LA MENSAGERA DE BIGOTES.

Entre los ligeros habitantes de los bosques, no hay uno cuyas costumbres sean mas singulares, mas interesantes, que las de las mensageras. La naturaleza ha dado á estas aves, ademas de la belleza del plumage y la gracia de los movimientos, una inteligencia que no cede á la de los animales grandes. La mayor parte de estas viven y viajan en familia, y se prodigan mutuamente pruebas de una tierna afecion. Un naturalista, amigo nuestro, compró cierto dia dos mensageras azules, que acababan de ser prendidas en una red, para observar hasta dónde llegaba la inteligencia de estas pequeñas aves. Ató á una de ellas por una patita con un hilo grueso, y la fijó en la rama de un árbol de un bosque. Sus compañeras, que se habian alejado muy poco, no tardaron en oír sus clamores y en venir á su socorro. La rodearon con inquietud, y vieron al punto el lazo que la tenia cautiva. Al instante comenzaron á trabajar con sus picos y patas, no para cortar el hilo como era de suponer, sino para desatar el lazo; y era un placer verlas tan ocupadas y afanosas, cediendo cada cual su puesto á la que tenia mas agilidad é inteligencia.

En fin, á fuerza de perseverancia y de esfuerzos desataron el nudo, y un canto general de triunfo y júbilo anunció la libertad de la prisionera, que tomó al momento su vuelo seguida de las demas.

Saltando de árbol en árbol, se habia ya alejado del lugar de la escena, cuando nuestro naturalista juzgó á propósito hacerla volver. No tuvo necesidad para esto el espresado naturalista de hacer cantar á la que tenia en su poder, y sin embargo acudieron, y observó que aquella misma que hacia poco habia quedado libre, fué la primera en llegar á su socorro.

Ató la segunda mensagera como lo habia hecho con la primera; pero tuvo la precaucion de hacer á la cuerdecita cinco ó seis nudos mas sobre los otros. Sin embargo, sus compañeras se pusieron á trabajar con el mismo ardor. Muchas veces se acercó al árbol gritando para interrumpir su trabajo y asustarlas, mas no logró echarlas enteramente, porque se escondian entre el follage ó detrás de las ramas de los árboles inmediatos, desde donde observaban al na-

turalista esperando su ausencia. En fin, después de haberlas inquietado por espacio de algún tiempo, se retiró, y nada más curioso entonces que la destreza que emplearon en deshacer los nudos los unos después de los otros. Luego que hubieron dado la libertad á su cautiva, emprendieron un vuelo bastante elevado, y no las volvió á ver más.

Los cazadores conocen muy bien el afecto que se profesan las unas á las otras, y se aprovechan de este sentimiento de ternura para apoderarse de la bandada entera.

Las mensageras se reconocen por su pico corto, cónico, desnudo ó guarnecido de algunos pelillos. Constituyen una familia bastante separada de los perezosos. Su plumaje aparece generalmente pintado de numerosos y agradables colores, donde domina el azul, el negro, y el amarillo. Se alimentan de insectos y de semillas, y para buscar su manutención, saltan de rama en rama con extraordinaria ligereza.

Las mensageras, aunque de pequeña estatura, tienen mucho ánimo, y hasta son un tanto pendencieras, y cuando distinguen algún ave de rapiña nocturna, dan á las otras compañeras la señal de ataque: rodean al ave nocturna y dan gritos penetrantes y no interrumpidos; la picotean por todas partes, se precipitan sobre ellas hasta que consiguen ponerla en fuga, obligándola á marchar á su tenebroso retiro.

Cuando encuban defienden sus nidos con más valor todavía. Aun cuando las mensageras no son carniceras por instinto, lo son algunas veces por necesidad. Es verdad que su pico es muy pequeño, pero también es muy fuerte, y por este medio consiguen partir la cáscara de la nuez.

Durante el buen tiempo, las mensageras habitan los bosques y los parages solitarios; pero no bien aparecen los primeros frios, buscan cómodas habitaciones, y recorren los jardines para procurarse alimento. Anidan en los agujeros de las paredes, en los troncos de los árboles, y ponen un gran número de huevos, habiendo quien asegura que ponen hasta quince. Algunas fabrican sus nidos con mucho arte, y entre estas últimas se distingue entre todas la mensagera de bigotes.

Esta preciosa ave es de un rojo encendido, tiene la cabeza de un azul ceniciento, y el pecho blanco. El macho tiene sobre cada megilla un bigote largo y puntiagudo, de color negro brillante, que produce un efecto agradable y singular. La hembra carece de bigote, y no tiene azul la cabeza.

Esta especie bastante común en el Norte, es muy rara en otras partes, excepto en algunos sitios de nuestras provincias septentrionales. Habita en los juncos, en los arroyos, en los pantanos ó en las islas, y construyen sus nidos muy artísticamente. Le da la forma de una botella de ancho golete, ó más bien de una bolsa, y le suspende de los juncos flexibles; el exterior del nido aparece tegido con extraordinaria habilidad, y la parte interior está llena de algodones y yerbas secas, mezcladas con muchas plumas de diferentes clases. Cuida mucho de su familia, y vive con ella hasta la primavera del siguiente año, momento en que cada pareja se separa para establecer su nueva residencia en otra parte.

El naturalista Cuvier ha dividido las mensageras en tres grupos y las ha clasificado.



La mensagera de bigotes.